



NADIE ESCAPO A SU SUERTE

SILVER KANE



El ataúd ocupaba el centro de la habitación.

Era muy rico y estaba sobre un solemne túmulo negro. Le rodeaba esa especial ceremonia burguesa que se da a los entierros en Francia. Los hachones de cera iluminaban apenas los relieves de la habitación grande, lujosa y vacía. Nadie velaba el cadáver, que iba vestido con uniforme de oficial de la Marina francesa.

Las ventanas de la habitación estaban cerradas, naturalmente.

En caso contrario se hubiera podido ver desde ellas el puerto de Cherburgo, pues la casa en que todo esto ocurría estaba casi lindando con las aguas.



Silver Kane

Nadie escapó a su suerte

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1008

ePub r1.0

Lds 29.01.18

Título original: *Nadie escapó a su suerte*

Silver Kane, 1969

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





SS

SERVICIO SECRETO



INTRODUCCION

El hombre había estado vigilante desde que salió de París.

Su coche era un discreto Simca 1000 color azul, de los que no llaman la atención en ninguna parte. Él mismo iba vestido de una manera discreta, y llevaba unos gruesos maletines como los que los viajantes de comercio pasean a todas horas por toda la geografía de Francia.

En efecto, aquel hombre no deseaba llamar la atención en ninguna parte.

Y lo estaba consiguiendo.

Había tomado la autopista del oeste y dejado los inmensos suburbios industriales de París. Eran las diez de la noche, era la hora en que los cinturones industriales de las grandes ciudades ya se dedican al descanso. Se desvió de la autopista y rodó por calles y calles silenciosas y casi tétricas, habitadas principalmente por argelinos y por obreros inmigrantes. Mientras atravesaba estas calles, consultó nerviosamente su reloj.

Iba a llegar a tiempo.

Cuando se encontró de pronto ante la gigantesca fundición de acero tuvo la sensación de que entraba en otro mundo. El cielo en aquel sector estaba teñido de color rojo. Se oía un sordo trepidar, mezcla del ruido que producirían las olas del mar entre un ejército de máquinas en marcha. Las torres de los altos hornos se alzaban como gigantes rojinegros entre las penumbras espectrales de la noche.

A la entrada de la fundición había una verja con guardián. El Simca 1000 se detuvo.

El hombre que iba al volante mostró una credencial a través de la ventanilla.

La linterna del guardián le iluminó.

Pudo verse entonces que era un hombre joven, de unos

veintinueve años. Vestía ropas vulgares —las que hubiera vestido un viajante de comercio de posición más o menos acomodada— y mostraba una sonrisa puramente comercial, como si dijera: «¿Qué hace usted que no ha probado aún los magníficos productos Dupont?».

El guardián le devolvió la credencial.

—Conforme. Pase.

El Simca 1000 avanzó por entre el laberinto de los altos hornos, igual que si su conductor lo conociera bien. Y eso no era cierto, pues el joven no había estado jamás allí. Simplemente tenía grabado en su memoria un plano que había estudiado cuidadosamente antes de salir de París.

Pero hubo un momento en que se detuvo, confuso.

Le parecía que las cosas no eran como el plano que él estudió. Una hilera de enormes camiones pesados le restaba por completo la perspectiva. Se detuvo sin saber cómo seguir.

Fue entonces cuando vio brillar dos veces aquella lucecita.

Era la señal.

Dejó su coche en la explanada y siguió a pie en la dirección que le marcaba aquella lucecita, la cual se encendía y apagaba dos veces por minuto exactamente.

Pronto tropezó con unas escaleras de hierro y subió por ellas.

Llegó a una ancha pasarela metálica, cuya parte interior debía estar forrada de amianto.

Parecía como si el mundo cambiara allí.

El aire se había hecho irrespirable. Un espeso olor a metal parecía llenar, no sólo los pulmones, sino también el estómago. Daba la sensación de que uno había comido viruta de hierro. Avanzó unos pasos más y entonces vio lo que había debajo del puente.

Un verdadero río de metal en fusión pasaba por debajo. Gigantescos bloques al rojo se deshacían al derrumbarse, produciendo nubes de chispas que llegaban a cegar al que se encontraba cerca. El joven extrajo con movimientos calmosos unas gafas negras y se las colocó.

Siguió avanzando por la pasarela.

Su hombre estaba en el centro de ésta, a unos treinta metros de distancia.

Al joven le extrañó que para una cita oficial se le hubiera convocado allí.

Pero en el mundo en que se movía no había nada inexplicable. Al fin y al cabo aquél era un sitio discreto, un sitio donde nadie podía verles.

Siguió avanzando.

Y de pronto oyó aquel ruido a su espalda.

Recordó lo que le habían dicho: «Se encontrará usted con un solo hombre».

Entonces... ¿qué hacía otro a su espalda?

El joven fue a volverse.

No llegó a tiempo.

El lazo cayó sobre él, arrojado con un impecable estilo vaquero. Pasó por encima de su cabeza y le aprisionó los brazos, dejándolo completamente indefenso. El joven no tuvo tiempo ni de lanzar un grito de sorpresa.

Pero no fue eso solamente.

El hombre que estaba frente a él y que le había hecho las señales luminosas, arrojó el lazo también. Su lanzamiento fue tan certero como el del otro. El joven se encontró de pronto estrechamente sujeto, sin posibilidad alguna de moverse. ¡Y la cosa no había hecho más que empezar!

Era una trampa mortal. Ahora se daba cuenta.

Pero no le dejaron pensar demasiado.

Todo fue muy rápido.

Los dos hombres —el que estaba delante y el que se encontraba a su espalda— maniobraron hábilmente con las cuerdas, hasta llevarle al borde de la pasarela. El joven trató desesperadamente de sujetarse a la barandilla de hierro pero eso era imposible, porque tenía los brazos inmovilizados. Lanzó un impotente grito de horror al ver el río de lava que circulaba por debajo de sus ojos.

Era como encontrarse encima de un volcán.

Todo su cuerpo se contorsionó. Hizo ese terrible esfuerzo del hombre que intenta sobrevivir cuando está a un paso de la muerte.

Las dos cuerdas se tensaron de nuevo.

Sus dos desconocidos enemigos obraron como laceros que empujan a una res.

El joven no podía defenderse.

El alarido se repitió.

¡Era el propio grito de la muerte!

Sus dos enemigos hicieron el esfuerzo final. El cuerpo del joven fue lanzado sobre un bloque de acero cuando éste se deshacía en mil pedazos.

El fuego lo engulló.

El cuerpo humano fue como una partícula de polvo entre la lava de un volcán.

Fue deshecho, desintegrado, consumido en fracciones de segundo. El joven ni llegó a gritar de nuevo.

Instantes después aquel océano llameante seguía su camino impávido, inerte. Nadie sabría jamás que en los bloques que se formarían luego habría una pequeña cantidad de materias orgánicas. El eterno olvido había caído sobre el joven que salió de París dos horas antes. Nadie iría a llorar, nadie iría a depositar coronas de flores sobre su tumba de acero.

Sus dos asesinos se movieron de forma sincronizada.

Las cuerdas habían sido lanzadas con el cuerpo humano. No habría que preocuparse más por ellas. Pero quedaba el Simca 1000.

Los dos hombres descendieron de la pasarela.

Uno de ellos subió al coche, poniéndolo en marcha mediante una llave falsa. Momentos después había entrado con él, mediante una rampa, a uno de los gigantescos camiones alineados cerca de la entrada.

El otro individuo había subido mientras tanto a la carlinga de aquel camión. Condujo a poca velocidad hasta la puerta de la verja y una vez allí mostró su credencial al guardián.

No hubo inconveniente para que salieran.

Una hora después el Simca 1000 había sido arrojado al fondo del río Marne, a pocos kilómetros de París. Nadie más volvería a oír hablar de él. Era lo que, en el más puro lenguaje comercial se llama un asunto liquidado.

CAPÍTULO PRIMERO

El ataúd ocupaba el centro de la habitación.

Era muy rico y estaba sobre un solemne túmulo negro. Le rodeaba esa especial ceremonia burguesa que se da a los entierros en Francia. Los hachones de cera iluminaban apenas los relieves de la habitación grande, lujosa y vacía. Nadie velaba el cadáver, que iba vestido con uniforme de oficial de la Marina francesa.

Las ventanas de la habitación estaban cerradas, naturalmente.

En caso contrario se hubiera podido ver desde ellas el puerto de Cherburgo, pues la casa en que todo esto ocurría estaba casi lindando con las aguas.

Cherburgo, el mayor puerto de Normandía, es también una importante base militar, y conserva aún gran parte de las fortificaciones donde los alemanes se hicieron fuertes en 1944. Aunque era de noche, los relieves del puerto se distinguían casi con tanta claridad como si fuera de día, gracias a la luz de la luna.

En la habitación contigua a aquélla en que se encontraba el ataúd, siete personas estaban aguardando. Tenían ese aire especial de los que no saben qué decir ni qué hacer, pues poco se puede decir o hacer cuando ha llegado ya la muerte. El velatorio era tan triste y aburrido como todos los velatorios del mundo.

De aquellas siete personas, seis eran amigos o conocidos del difunto. La otra era, simplemente, una vecina de las que nunca faltan en tales ocasiones, y que había acudido a hacer compañía al saber que había un difunto en la casa. Los otros seis habían intentado sacudírsela al principio, pero en vista de que esto era imposible, ya parecían resignados a su presencia.

Centremos un momento nuestra atención en estas personas, olvidando a la oficiosa vecina. Cinco de ellas eran hombres,

comprendidos entre los treinta y los cincuenta años de edad. Tenían un cierto aire de científicos distraídos que habían llegado allí por equivocación, pero fijándose bien en ellos, uno notaba que eran ágiles y fuertes. La persona que hacía el número seis del grupo era una mujer.

Ésta resultaba la más joven de todos.

Tendría unos veintitrés años.

Iba vestida de una manera desenvuelta, llevando incluso una audaz minifalda. Esa clase de mujeres, puestas en un velatorio, hacen que nadie se vuelva a acordar del muerto, pero en el caso que nos ocupa, los cinco hombres que estaban allí parecían tenerla muy vista, porque apenas se fijaban en ella. Por otra parte, la joven se sentía tan abatida que apenas había dicho una sola palabra en dos horas.

Al fin se puso en pie.

Era alta, opulenta.

Era una mujer que hubiera llamado la atención en cualquier sitio y más en aquella habitación cerrada donde no había otra cosa que mirar.

La muchacha se dirigió hacia la puerta que separaba aquella habitación de la otra donde estaba el cadáver.

—Voy a verlo un momento —susurró.

Atravesó aquella puerta, cerrando a su espalda, y los cinco hombres y la otra mujer quedaron solos en la primera habitación.

Se produjeron unos tensos minutos de silencio. Nadie parecía saber de qué hablar.

Y entonces oyeron aquel leve rumor.

Rumor de voces.

¡Rumor de voces que llegaban desde la habitación del muerto!

¡Como si alguien estuviera hablando allí!

La vecina que se encontraba en la primera habitación palideció intensamente.

Sus manos temblaron y dio la sensación de que quería escapar de allí.

Uno de los hombres la tranquilizó.

—¿Qué es lo que la sorprende? ¿Ese rumor de voces?

La mujer tartajó:

—Cualquiera diría que está hablando con el muerto...

—Es que está hablando con el muerto —dijo el hombre, con la mayor tranquilidad.

Ahora la palidez de la mujer se convirtió en cerúlea.

Pareció preguntarse en qué demonios de casa se había metido.

E hizo un gesto como si fuera a huir.

Pero el hombre que había hablado antes la tranquilizó:

—Antes le he dicho esto en el sentido figurado. No debe preocuparse. Esa muchacha, Celine, estuvo bastante tiempo recluida en un sanatorio mental. Siempre cree que puede hablar con los muertos. Ahora mismo debe estar hablando sola.

Aquella explicación dejó igualmente intranquila a la mujer, aunque en otro sentido.

—Pero eso no puede quedar así... —balbuceó—. ¿No han procurado que la vea un médico?

—Claro que lo hemos hecho. ¿No acabo de decirle que ha estado en una clínica mental?

—¿Y no han conseguido nada?

—Claro que sí. Ahora Celine está siempre tranquila. Sólo se afecta cuando muere alguna persona de las que tiene próximas. El difunto era algo así como un novio suyo. Por lo menos se conocían mucho.

La vecina tartajeó:

—¿Y no es peligroso lo que le ocurre a esa pobre muchacha?

—No, no lo es. Porque ahora sólo tiene crisis muy de tarde en tarde. Cuando hayamos dado sepultura a ese pobre muchacho, su crisis pasará.

—¿Pero ustedes que son de ella? ¿Parientes tal vez?

—En realidad somos solamente amigos. Pertenecemos a una misma asociación cultural, y nos hemos tratado durante bastantes años. El hecho de haber coincidido en Cherburgo en estas condiciones tan dramáticas para ella hace que no podamos dejarla desamparada. Pero por fortuna pronto todo terminará.

Después de estas explicaciones, el hombre guardó silencio.

Los demás no habían despegado los labios.

Y aquel silencio hubiera llegado a hacerse incluso angustioso de no ser por el susurro que se oía al otro lado de la habitación, y que creaba un clima irreal, como si todos estuvieran viviendo una pesadilla.

La vecina se atrevió a susurrar al fin:

—¿Cuándo lo entierran?

—No van a enterrarlo —dijo otro de los hombres—. Dentro de pocas horas una corbeta se llevará su cuerpo y lo lanzará en alta mar. Es un privilegio que pueden tener los oficiales de Marina, y que él solicitó antes de morir.

Después de estas palabras se produjo de nuevo el silencio.

Los susurros en la habitación contigua también habían cesado.

La puerta tras la que estaba el cadáver se abrió.

Celine apareció en el umbral.

Estaba mortalmente pálida.

Pero más lo estaba la vecina; que la miró como si la muchacha fuera una aparición de pesadilla.

La puerta volvió a cerrarse.

Uno de los cinco hombres, para aliviar la tensión que se había producido, se puso en pie y murmuró:

—Voy a preparar un poco de café. Creo que a todos nos hace falta.

* * *

Después de haber tomado dos tazas de café, la vecina hojeó el montón de periódicos atrasados que había sobre una mesita de la habitación.

Se fijó en un detalle curioso.

Todos eran exactamente de la misma fecha, dos meses atrás.

Y todos tenían más o menos, naturalmente, las mismas noticias.

Ya se sabe que las mujeres leen con cierta preferencia la sección de sucesos.

Y hubo uno que tuvo que llamarle necesariamente la atención, porque estaba repetido en todos ellos. Se trataba de la detención de un tal André Payot, sospechoso de estar relacionado con la desaparición de un hombre ocurrida en unos altos hornos de las cercanías de París.

Mientras leía, la mujer iba recordando vagamente aquel hecho.

El desaparecido era uno de los jóvenes científicos más brillantes de Francia. Se le había visto entrar en las fundiciones Lamartine sin que volviera a salir de ellas. El portero juraba y perjuraba que entró

allí provisto de un pase especial, y estaba seguro de que no volvió a salir. Una redada de la policía había dado lugar a la detención de André Payot como posible sospechoso de asesinato, ya que se le vio rondando por las cercanías de la fundición algo antes del extraño suceso.

André Payot estaba en prisión provisional, y por el momento nada se había podido probar contra él, pero las investigaciones de la policía continuaban y era posible que pronto se concretaran en pruebas condenatorias.

La mujer dejó de leer.

Notó que Celine se había puesto otra vez en pie.

Iba hacia la puerta que comunicaba con la habitación del muerto.

La abrió y atravesó el umbral, cerrándola de nuevo.

Otra vez se produjeron aquellos susurros.

La mujer hizo un gesto de lástima, mirando a los cinco hombres.

Claro, la pobre loca...

Pero lo que la mujer estaba lejos de sospechar era que realmente Celine hablaba con el muerto. ¡Y que el muerto hablaba también!

CAPÍTULO II

La muchacha acababa de detenerse ante el ataúd.

Cuando ella entró el cuerpo tendido en él estaba completamente rígido e inmóvil, con los ojos cerrados. Nadie hubiera dudado de que se trataba de un muerto. Pero cuando los dedos de la muchacha rozaron sus manos suavemente, los ojos del «cadáver» se abrieron. Incluso una leve sonrisa apareció en sus labios.

Celine susurró:

—¿Estás cansado, André?

—Claro que lo estoy. No sé si podré soportarlo.

—Debes tener paciencia. La hora se acerca.

El otro se removió un poco, cambiando de postura.

—No sé si todo esto ha valido la pena, Celine. Quizá estaba mejor en el penal. Me ayudasteis a fugarme de allí porque dijisteis que iban a encontrar pruebas contra mí, pero quizá, después de todo, no las hubieran encontrado. ¿Es seguro lo que vais a hacer?

—Claro que lo es —dijo Celine, suavemente—. Te arrojarán al mar a unas diez millas de Cherburgo, con honores militares. El verdadero difunto, el teniente Roger, no tenía familia en Francia, su cuerpo lo hemos hecho desaparecer discretamente. Claro que no sufrió ningún daño; su muerte fue natural. Tú le sustituyes ahora. Dentro de unas horas, cuando te recojamos en el mar, todo el mundo, absolutamente todo el mundo, habrá perdido tu pista.

—¿Y si algo falla? —preguntó André.

—Nada puede fallar. Tú te pareces mucho al difunto Roger. Aunque abrieran el ataúd te confundirían con él. Pero además no lo abrirán.

André seguía vacilando.

Parecía tener miedo ahora ante aquello que los otros le

propusieron y que él aceptó desde el primer instante.

—¿Cuánto tardaréis en recogerme? —preguntó.

—Menos de media hora. Nosotros iremos en la canoa muy cerca de la corbeta. Tú puedes abrir el ataúd desde dentro y tienes bajo tu cuerpo una lancha inflable. Eres un experto nadador. No te costará nada mantenerte hasta que te recojamos. Veinticuatro horas más tarde habrás llegado a los Estados Unidos con pasaporte falso. Nadie más te encontrará.

André Payot pareció tranquilizado.

Pero aún le quedaba una duda.

—¿Y si notan que no estoy muerto? —balbuceó.

La muchacha hizo entonces algo muy extraño.

Se subió un poco la falda.

A la parte superior de una de sus medias iba adherido por medio de una ventosa, un pequeño estuche del que extrajo una jeringuilla ya cargada.

Sin decir una palabra, clavó hábilmente la aguja en una de las venas que se marcaban en las muñecas de André Payot.

El líquido se mezcló inmediatamente con su sangre.

Muy poco después el hombre del ataúd había quedado absolutamente inmóvil.

Celine volvió a la sala donde los otros aguardaban.

Y el tiempo volvió a transcurrir envuelto en el silencio.

Era un silencio espeso, cargado de presagios.

Muy poco después del amanecer la vecina se retiró. Quedaron solos los cinco hombres y Celine. Una hora más tarde llegaron los encargados del entierro.

Pero no eran oficiales de Marina.

Eran vulgares empleados de una empresa de pompas fúnebres.

Ninguno de los cinco hombres, así como tampoco Celine, pareció extrañado por aquello.

Diríase que lo daban por sabido.

El ataúd fue cargado en una furgoneta y llevado a buena velocidad al cementerio de Cherburgo. Ni por un momento lo acercaron al mar. Nada de cargarlo en una corbeta. Nada de ceremonias militares. Aquél era un entierro vulgar y corriente como tantos otros.

Se adentraron en el cementerio.

El nuevo día era húmedo y gris.

La fosa ya estaba abierta.

Por encargo de los cinco hombres era la más profunda que jamás se había abierto en el cementerio de Cherburgo.

El ataúd fue bajado al fondo.

Y las paladas de tierra comenzaron a caer sobre él.

Los cinco hombres y Celine lo miraban todo. Sus rostros estaban impasibles. Parecía como si aquello no significara nada para ellos.

Y sin embargo, sí que lo significaba.

¡Estaban asesinando a un hombre!

¡Le estaban dando una de las muertes más horribles que un ser humano pueda concebir!

Cuando la tierra hubo cubierto la fosa por completo, la lápida fue colocada en el siniestro rectángulo.

Era de mármol blanco.

Pero no había en ella ningún nombre.

Parecía como si debajo hubiera sido sepultado un hombre que no existió jamás. Los dos sepultureros se hicieron a un lado.

Mientras dejaban descansar sus palas, se restañaron el sudor de sus frentes. Michel, el más viejo de los cinco hombres, tendió a cada uno un billete de veinte francos.

—Inscribiremos el nombre más adelante —dijo—. Y ahora tengan esto para que echen un trago a la salud de un muerto.

A los sepultureros, pese a que ya eran insensibles, no les hizo ninguna gracia aquella macabra broma.

Mientras guardaban los billetes en el bolsillo, uno de ellos murmuró:

—¿Saben que me ha ocurrido una cosa extraña?

Celine sonrió levemente.

Fue, ella quien volvió la cabeza para preguntar:

—¿Qué es lo que le ha sucedido, amigo?

—Pues... Yo juraría que alguien ha gritado dentro del ataúd.

La sonrisa de Celine se hizo más ancha, casi burlona.

—¿Sí? ¿Y qué ha gritado, si puede saberse?

—Pues sencillamente esto: ¡Socorro!

Ahora fue Michel el que lanzó una carcajada.

—Ustedes están llenos de fantasías —dijo—. El oficio acaba por deformar. Vamos, echen un trago, déjense de pensar en los muertos.

Todos se retiraron.

Nadie dirigió una mirada a la tumba recién cerrada.

Sí. Tal vez Celine la miró. Pero en todo caso, la suya fue una mirada burlona.

* * *

Cuando estaban en la puerta del cementerio, Michel se volvió hacia Celine.

Sus ojos estaban nublados. Su expresión era entre despiadada y sarcástica.

—Has estado a punto de estropearlo todo —acusó.

—¿Estropearlo? ¿Por qué?

—La inyección que le administraste antes de llevárnoslo no era lo bastante fuerte.

—Te equivocas. Era la dosis que necesitaba. En todo caso ya sabes que los somníferos no actúan igual sobre todas las personas. Quizá se despertó en el último momento y se dio cuenta de lo que sucedía.

Michel produjo un chasquido con la lengua. Y dijo sencillamente:

—Peor para él.

Mientras se acercaban a los lujosos coches que habían traído hasta allí, Giles, otro de los cinco hombres, murmuró:

—De todos modos, André Payot fue bastante ingenuo.

—Escapó de la cárcel creyendo que yo le ayudaría —susurró Celine—. En fin, ya no tendrá que pensar más en eso.

—Lo que me extrañó fue que creyera tan a pies juntillas lo del teniente de Marina que iba a ser sepultado en el mar —dijo Michel—. Sí, me extrañó que creyera ese cuento de un hombre que no existía.

Todos subieron a los coches.

La única que habló fue Celine:

—Cuando uno está desesperado cree cualquier cosa. Y además, ¿quién no da crédito a las palabras de una chica tan bonita como yo?

Los coches arrancaron.

El asesinato había sido perfecto.

Pero iban a cometerse otros. Los cinco hombres y Celine estaban allí para matar.

Aquello no era más que el principio.

CAPÍTULO III

Ustedes ya me han conocido un poco. Saben que me llamo Celine. Añadiré que mi apellido es Artois. Tengo veintiún años. Mis medidas no las detallaré para no ofender a las señoras que, tal vez, no sean como yo. Puede bastarles con saber que los hombres siempre se vuelven para mirarme. A veces, cuando estoy con varios de ellos en una habitación, por ejemplo, una sala de espera, el clima llega a hacerse tenso, hasta casi insoportable.

Ustedes ya saben también otras cosas de mí. Saben, por ejemplo, que soy capaz de engañar a un hombre hasta el último extremo imaginable.

Que fui pieza fundamental en la muerte de André Payot.

Que soy una asesina.

Pero ustedes aún saben poco de mí.

Pensaba matar a otros hombres.

Ya he dicho que aquello no era más que el principio.

Y ésta es mi negra, mi sucia, mi pestilente historia.

Se la contaré con detalle.

Lo que ustedes han leído hasta ahora es sólo una introducción, el principio de mi «carrera».

A partir de este momento no pienso dejarme ningún detalle en el tintero.

Ustedes asistirán a mis crímenes, conocerán cómo los ejecuto, hablarán con mis víctimas hasta que den el gran salto al más allá.

Les aseguro que la historia es negra.

Pero, a pesar de todo, síganme.

Al día siguiente del entierro de André Payot —vamos a llamarlo así—, fui a ver a Michel.

Ya no estaba en Cherburgo.

Nos encontrábamos en París.

¿Saben ustedes qué oficio tiene Michel?

Michel es un médico prestigioso, y gracias a ello obtuvimos el falso certificado de defunción que nos era indispensable para el entierro de André con nombre supuesto. Pero Michel no se dedica a curar enfermos. Su especialidad es otra muy distinta: averigua por qué han muerto los muertos. Es jefe de la clínica forense en la morgue de París. Una buena carrera, teniendo en cuenta su juventud, pero que yo no le envidio.

Como digo, fui a verle a la morgue.

Les aseguro que no es un sitio agradable.

Hay lugares de esa clase que han sido modernizados y tienen un aspecto funcional y estético, donde los cadáveres son simples piezas científicas que ayudan —muy a pesar suyo— a la marcha del progreso. Pero la morgue de París aún conserva un aire vetusto y napoleónico. Los muertos son allí como fantasmas del más allá que la dejan a una con una vaga sensación de pesadilla. Michel, que llevaba bata blanca, estaba realizando una autopsia en absoluta soledad, como era su costumbre. Dejó el bisturí al verme y se acercó a mí.

—Sigue —murmuré—. No tengo prisa.

—El muerto aún tiene menos —murmuró él—. ¿Has llevado buen viaje?

—Sí. De Cherburgo aquí no hay demasiada distancia. He venido en coche para no llamar la atención.

Michel suspiró.

—Nosotros lo hemos hecho en diversos trenes para que nadie se fijara en que formábamos un grupo. Fue una suerte lo de que a André Payot lo detuvieran en Cherburgo. Así pudimos localizarle allí, prepararle la trampa y acabar con él. En Cherburgo fue todo más fácil porque nadie le conocía.

Extraje un cigarrillo, con movimientos calmos.

—¿Se puede fumar aquí?

—Sí, claro. Incluso a los novatos les recomendamos que lo hagan. Esto no huele a cadáveres, sino a formol, pero el formol es

ya de por sí bastante molesto. Si tienes tabaco negro, mejor.

—En efecto, yo fumo tabaco negro.

Michel me ofreció fuego y permanecimos en silencio los dos.

Teníamos muchas cosas que decirnos y no teníamos ninguna. Éramos inseparables y no nos conocíamos. Éramos amigos y nos odiábamos. Estábamos unidos por un crimen: eso era todo lo que se podía decir.

Claro que también había otros cuatro hombres.

Ustedes los conocen en parte, pero quiero que los conozcan bien a partir de ahora. Son mis futuras víctimas. Son los hombres que tienen que morir.

Sus nombres:

- Giles.
- Pierre.
- René.
- Joseph.

Ninguno de ellos se dedica a abrir cadáveres. Todos son científicos, pero en otras ramas de la ciencia.

Mientras expelía una bocanada de humo decidí dejar de pensar en ellos.

—Sí, fue una suerte lo de Cherburgo —murmuré—. Espero que aquella vecina entrometida no observara ningún detalle extraño.

—Yo estoy seguro de que no —dijo Michel.

—¿Y el sepulturero?

Me estremecí.

—Por un momento pasé muy mal rato —dijo—. Yo también opino que André pedía socorro. Pero estoy seguro de que aquellos dos tipos no se habrán acercado más por allí. ¿Y qué quedará ahora del pobre André? Moriría, como máximo, al cabo de quince minutos. El proceso de descomposición ya se habrá iniciado. Más vale que no volvamos a pensar en él.

Toda aquella conversación sobre un cadáver, a Michel le interesaba muy poco. Era natural, puesto que los muertos constituían su vida, si es que las cosas pueden decirse de ese modo. Encendió también un cigarrillo y me dijo que podía encontrarle en la morgue a casi cualquier hora del día, para cualquier cosa en que pudiera necesitarle.

Yo también le anoté mi dirección en París, indicándole muy especialmente el número de teléfono.

—Mi visita ha sido rutinaria —dije—. Sólo quería que supieras que he llegado bien a París y que pienso cambiar de hotel. Mi nueva dirección es la que te he apuntado aquí. Procuraré salir poco para que puedas localizarme a cualquier hora del día o de la noche. Sobre todo, si ocurre algo, llámame. En caso de que yo no estuviera, puedes dejar el recado al telefonista empleando palabras que sólo yo entienda.

Después de esta explicación nos despedimos.

Yo ya sabía dónde podría encontrar a Michel, él sabía dónde podría encontrarme a mí, teniendo sobre todo mi número de teléfono. Eso era fundamental. Principalmente por ello había ido a visitarlo a la morgue.

Luego me dirigí a mi nuevo hotel.

Se llama Le Bon Midi.

Seguramente ustedes no lo conocen.

Es un hotel pequeño, situado en pleno Montparnasse, y por tanto cerca de los jardines de Luxemburgo. Desde allí podía ir a comer a cualquier restaurante económico del *boulevard* Sant Michel. Desde mi ventana podía ver las altas cimas de los árboles del Luxemburgo. No tenía otro huésped cerca de mí. No podía ni soñar en un sitio más tranquilo, más dulce, más poético, más espiritual para planear crímenes.

Tomé la lista de los cinco hombres.

- Michel.
- Giles.
- René.
- Joseph.
- Pierre.

Tacharía cada nombre conforme hubiera sido eliminado.

Después de un momento de reflexión me decidí por Pierre.

Era el más fuerte y por tanto el que necesitaba que yo emplease una astucia más refinada. Pero también era el más crédulo. Además era espiritista, de modo que eso facilitaría las cosas.

Decidí que él sería el primero.

Pero no crean que es tan sencillo cometer un asesinato.

Ustedes ya han visto cómo, entre seis personas, cometimos uno.
Ahora podrán ver cómo lo hice yo sola.

CAPÍTULO IV

He dicho que a Pierre era necesario exterminarlo valiéndome de la astucia.

No tenía la menor posibilidad de vencerle de otro modo. ¿Clavarle un cuchillo por la espalda? Tonterías. Pierre era un hábil judoca. Además hubiera olido el cuchillo a distancia. ¿Vaciarle el cargador de una pistola? Demasiado ruidoso, y además yo no tengo demasiada puntería para matar a distancia. Intentarlo de cerca hubiera sido inútil por las razones que antes he dicho. ¿Envenenarlo? No tenía tampoco ninguna posibilidad. Además desconozco dónde puedo adquirir venenos de esa clase. Podía habérselo pedido a Michel con cualquier excusa, pero ni el mismo Michel, pese a su profesión, tiene alcance a según qué cosas.

De modo que decidí acabar con Pierre valiéndome de sus aficiones espiritistas.

Para ello necesitaba cuatro cosas:

- Un local.
- Una mesa.
- Una trampa en la mesa.
- Un cuchillo.

La mesa me la procuré en un sitio discreto y donde nadie me recordaría: el Mercado de las Pulgas, de París. De sobra saben ustedes que para pasar inadvertido hay que ir a un sitio en que no hay nadie o a un sitio donde haya mucha gente. En el Mercado de las «Pulgas» hay siempre mucha gente. Adquirí una mesa redonda y sólida, que si no había servido para reuniones espiritistas poco le había faltado. Hice cargar la mesa en una furgoneta alquilada y la

llevé, yo misma, al local que acababa de alquilar. Ese local era un sótano en el barrio de Suresnes, más allá del Sena. Se entraba por un callejón, de modo que yo tenía las máximas posibilidades de que nadie se fijara en mí.

Claro que ya he dicho que soy una mujer llamativa.

Por eso tuve que vestirme de otro modo.

Me desprendí de mis zapatos de alto tacón, mis medias finas, mi vestido ajustado. En lugar de eso me cubrí con una bata algo gruesa, unas botas de media caña y unos gruesos calcetines que asomaban por su reborde. Cuando lo tuve todo instalado llamé a un carpintero. Necesitaba que me instalara la trampa.

Ése era un punto difícil.

La trampa consistía en dos argollas que se cerraban automáticamente sobre las muñecas de un hombre que hubiera depositado las manos sobre la mesa. Las argollas tenían que ser de una solidez a toda prueba, y cerrarse mediante un resorte que yo movería. Por otra parte, la mesa tenía que estar clavada en el suelo.

Los problemas técnicos para instalar todo eso no eran complicados. Cualquier carpintero, buen conocedor de su oficio podía lograrlo. Lo complicado era conseguir que lo hiciera sin que le llamase demasiado la atención.

Por otra parte, no es fácil encontrar un carpintero en París.

Como en todas las grandes ciudades del mundo, sobran las profesiones intelectuales y faltan las profesiones manuales.

Pero al fin encontré lo que buscaba en el mismo Suresnes.

Como ustedes saben, Suresnes está muy lejos de Montparnasse.

Nadie me conocía donde yo pensaba actuar.

Al carpintero —un vejete— le expliqué que yo quería reproducir un cierto tipo de mesa visto en un museo de antigüedades, y él no se extrañó. ¡En París hay tanta gente chiflada, tantos coleccionistas, tantos decoradores, tantos tipos raros! El caso fue que en tres días me terminó el mueble.

Las argollas eran de una solidez a toda prueba. Bastaba con que alguien apoyara las manos en un sitio que yo conocía de antemano, para que pudiera mover el resorte desde el otro lado de la mesa, apresándolo sin remedio. Ni el hombre más fuerte hubiese podido liberarse. Además, tampoco podía arrastrar la mesa porque ésta se hallaba sólidamente clavada en tierra.

Cuando lo tuve todo listo, telefoneé a Pierre.

* * *

Pierre vivía en la ciudad Universitaria de París. Era entonces un muchacho agradable, especializado en altas matemáticas. Había estudiado tres años en los Estados Unidos. Se decía que iba a llegar muy lejos. Que llegaría a trabajar en la NASA. Bueno, todo eso eran puras teorías. Yo había decidido que nada llegara a consumarse en realidad.

Le encontré en el bar de profesores al salir de una de sus clases.

—Pierre...

—Hola, Celine, ¿cómo me llamas a estas horas?

—Necesito hablar contigo.

—¿Es importante?

—Sí, lo es bastante. Claro que no hay prisa, pero he pensado que este fin de semana quizá estaría libre.

No sé si Pierre se hizo alguna ilusión con lo del fin de semana. En todo caso, su voz se volvió extraordinariamente amable.

—¿Llevaste buen viaje desde Cherburgo? —preguntó.

—Sí, excelente. Ya vi a Michel y me dijo que habían vuelto todos.

—¿No hubo novedad?

—No, ninguna. Pero no te llamaba para eso. No hubiera hecho falta. El ambiente está muy tranquilo.

—¿Entonces qué quieres?

—Tú eres espiritista, Pierre.

—Bueno, tanto como eso... He asistido a algunas sesiones por curiosidad. ¿Sólo para eso me llamas?

—Quiero que me orientes. He conocido a una médium asombrosa.

—¿Y temes que haga trampas?

—Sí, eso es justamente lo que me gustaría averiguar. Le he visto hacer un par de cosas tan increíbles que, si allí no hay trampa, acabaré cambiando de modo de pensar. Ésa es la razón de que te llame. He creído que si venías conmigo quizá me darías una opinión más autorizada.

La voz de Pierre vaciló por teléfono.

—Hay médiums que son unas farsantes, pero otras yo creo que no. Me molestaría mucho equivocarme.

—Eso es una tontería. No te comprometes a nada.

—No me gustaría que hubiera mucha gente —dijo Pierre.

—No, no la habrá. Estaremos tú y yo solos con esa mujer.

—Entonces de acuerdo.

Era justamente lo que yo quería que dijera.

—Esa mujer vive en Suresnes —musité—. Es posible que nos reciba a oscuras. ¿Cuándo quieres que nos encontremos?

—Hoy mismo si te parece bien —y añadió un poco inquieto—: ¿Tiene que ser allí?

Di a mi voz la entonación más desenvuelta y natural posible.

—Oh, no... Nos podemos encontrar en el Arco de Triunfo esquina a la Avenida Foch. Desde allí te llevaré a la casa de la médium. ¿Te parece bien a las siete y media?

Pierre dijo que sí.

Había caído en la trampa, como no podía ser menos.

Acaricié mecánicamente el cuchillo que llevaba oculto en mi bolsillo, susurré:

—Adiós, amor.

Y colgué el teléfono.

* * *

Nos encontramos en el Arco de Triunfo a la hora acordada y nos dirigimos en mi coche a Suresnes. Como hay que atravesar todo el Bosque de Bolonia después de recorrer enteramente la avenida del Mariscal Foch y el tráfico es siempre bastante intenso llegamos a Suresnes sobre las ocho y cuarto. Ya había anochecido. A Pierre le decepcionó mi aspecto, que no era ni mucho menos el de una chica seductora, pero tuvo la cortesía de callarse. Sin que nadie se fijara en nosotros entramos en el sótano, que estaba siniestramente oscuro.

Pierre no se extrañó.

Estaba habituado a aquella clase de reuniones espiritistas, donde la luz es un elemento que casi siempre estorba. Quizá encontrara algo exagerada la cosa, pero también se calló. Lo único que preguntó fue:

—¿Dónde está la mesa?

Yo lo sabía muy bien.

Era lo que mejor sabía de este mundo.

Sobre todo el sitio que tenía que ocupar Pierre.

Le tomé la mano dulcemente.

—Ven, yo te acompañaré.

En el sitio preciso donde tenía que sentarse estaba la silla. Hice que la ocupara y le recomendé que pusiera las dos manos sobre la mesa. Entre la oscuridad y el silencio, yo misma se las ajusté, de modo que estuvieran en el sitio exacto, que ya me había encargado de marcar con unas muescas.

—Ahora no te muevas, Pierre. No muevas ni un dedo. Haz como si no respiraras siquiera.

Me obedeció.

Yo me coloqué en mi sitio, frente a él.

Acaricié el resorte que movía las argollas.

En las tinieblas oí su voz.

—¿Dónde está la médium?

—Inmediatamente vendrá; tú no te preocupes. Estate tranquilo.

Concéntrate..., concéntrate...

Pierre entendía muy bien aquel lenguaje.

Estuvo absolutamente quieto.

Era lo que yo quería.

Buen muchacho aquel tranquilo e intrigado Pierre.

—¿Te sientes bien? —susurré.

—Sí, perfectamente.

—No te muevas.

—No, Celine, no me muevo.

—Sobre todo ten quietas las manos.

—Las mantengo quietas.

Yo tendí las mías a través de la mesa y rocé sus dedos. Estaban en el mismo sitio.

Entonces retrocedí.

Todos mis nervios estaban en tensión.

Moví la palanca rápidamente.

Se produjo un chasquido.

El grito de Pierre no fue de agonía, puesto que las argollas apenas debieron hacerle daño. Fue de sorpresa, de indecible

sorpresa. Durante unos segundos no se atrevió a hablar. Luego oí su grito.

—Pero, Celine ¿qué broma es ésta?

—No es ninguna broma, Pierre.

—¡Estás loca!

—¿Quién ha dicho que lo esté, Pierre?

Me acerqué sinuosamente a él, y debió oír mis pasos. Creo que fue entonces cuando se asustó de veras, pero como les ocurre a todos los hombres que aún conservan un sentido de la dignidad, no se atrevió a gritar pidiendo socorro. Por otra parte no creo que nadie le hubiera oído. El sótano estaba muy elegido para que no lo atravesaran las voces.

Y contaba con eso.

Contaba también con que se pondría a zarandear la mesa. Lo hizo y además lo hizo con todas sus fuerzas. Si no llega a estar tan bien asegurada, se la hubiera llevado a rastras. Pero la mesa estaba sólidamente empotrada en el suelo. No consiguió moverla de allí, y terminó lanzando maldiciones mientras decía con voz desfallecida:

—Celine, esto ya pasa de broma... ¡Estás loca!

Yo ya estaba situada tras él.

Debió oler el cloroformo antes de que le acercara a la nariz el pañuelo impregnado con éste, porque lanzó una maldición más ronca que las otras y trató de resistirse. Dio puntapiés al aire, como un caballo acosado. Pero yo contaba con todo eso y no me alcanzó una sola vez; no consiguió ni rozarme. Salté a su espalda y le apreté el pañuelo contra la nariz y la boca.

Jadeó unos momentos.

Se resistió con todas sus fuerzas a perder el sentido; luchó como lucharía un animal joven y en la plenitud de su energía.

De nada le valió.

Poco después terminaba cediendo. Se derrumbó sobre la mesa y quedó materialmente colgado de las argollas. Entonces tomé el pañuelo empapado en cloroformo con la mano izquierda y lo mantuve lo más lejos posible de mí, con el brazo extendido. Fui al WC contiguo al sótano y lo arrojé por él.

Me sentía de pronto terriblemente deprimida.

Una brusca fatiga se había adueñado de mí.

Necesitaba respirar aire puro y necesitaba reflexionar. Salí al

callejón y luego me dirigí a la orilla del Sena. Una camioneta negra enfilaba en esos momentos hacia la casa.

Yo la conocía.

Aquello formaba parte de mi plan para hacer desaparecer a Pierre cuando todo hubiera sucedido.

Pero ni siquiera la mire cuando pasó junto a mí.

Una vez junto al Sena, me entretuve mirando el curso de las aguas. A poca distancia estaba el puente de Suresnes. Los grandes autobuses verdes, repletos de viajeros, casi me rozaban, pero yo no me daba cuenta.

Consulté mi reloj.

Habían transcurrido quince minutos.

Ya me sentía mucho mejor.

El primer crimen lo había cometido con la ayuda de cinco hombres, pero en adelante tendría que obrar sola. De modo que regresé al sótano, procurando no llamar la atención de nadie.

El más espantoso silencio imperaba allí.

Era un silencio espeso, viscoso, que parecía poder palparse.

Había allí algo que sobrecogía, que helaba la sangre en las venas, pero que no logró detenerme.

Palpé el cuerpo sujeto a las argollas.

Y entonces no lo pensé más. Entonces clavé el chillo tres veces buscando el corazón.

La hoja de acero se clavó en aquel cuerpo con una facilidad casi siniestra, como si cortara mantequilla. La desclavé y fui de nuevo al lavabo.

Allí sí que encendí la luz.

Abrí el grifo a la máxima presión e hice correr agua. Limpié el cuchillo meticulosamente, para que no hubiera en él la menor huella de sangre ni de piel. Luego lo volví a guardar con intención de arrojarlo al Sena.

Salí del sótano.

Otra vez volvía a sentirme tranquila, absolutamente segura de mí misma.

Y otra vez vi la furgoneta negra, aquel vehículo que continuaba siendo parte esencial de mi plan.

Tampoco la miré, pese a que casi me roza al doblar al término del puente de Suresnes.

Aproveché el momento en que me cubría a los ojos de todo el mundo para arrojar el cuchillo al Sena envuelto en un paño blanco. Lo hice rápidamente y certeramente. Nadie me vio.

Entonces crucé el puente y me alejé de Suresnes, adentrándome en el Bosque de Bolonia.

Mi primer crimen había sido cometido.

Pero le seguirían otros más. Ya he dicho que eso era solamente el principio.

CAPÍTULO V

Yo contaba con que la policía no descubriría el cadáver de Pierre. Esa convicción era una de las piezas más sustanciales de mi plan, y sin tenerla no me hubiera metido en tan diabólica aventura.

Y, en efecto, no encontraron a Pierre muerto.

Pero claro está, tampoco lo encontraron vivo.

Quiero decir que su falta de los lugares que más habitualmente solía frecuentar, fue inmediatamente notada. Es curioso, pero yo no había pensado apenas en eso. Ése era para mí un problema secundario que, sin embargo, pronto se transformó en un problema principal.

Aunque Pierre vivía solo, frecuentaba bastantes sitios. Por ejemplo, daba clases de alta matemática. Se le solía ver en algunos bares de Montparnasse. Frecuentaba los conciertos. Escribía para *Le Figaro* algunos artículos científicos.

Pues bien, desapareció de todos esos sitios.

Resulta curioso que a una cosa tan espantosamente lógica yo no le hubiera prestado demasiada atención. Me preocupaba Pierre muerto y no me preocupaba Pierre vivo. Las circunstancias me demostraron pronto que había estado muy equivocada.

Tres días después de manejar yo mi cuchillo, se presentó en mi habitación de hotel un inspector de policía.

Era joven y agradable. No parecía un policía, sino un deportista que se prepara para las Olimpiadas. Sin embargo, ya comprenderá todo el mundo que no me resultó simpático.

Su presencia no me gustó.

Se llamaba inspector Javert.

Con su metro ochenta y cinco de estatura, sus facciones tostadas por el sol, su pecho amplio y sus brazos largos y firmes, se sentó

frente a mí y me miró fijamente. Yo sonreí de la forma más encantadora que pude. ¿Les he dicho ya que parezco una buena chica? Pues tenía que seguir pareciéndolo.

Javert me dijo solamente:

—Creo que usted es amiga del profesor Pierre Fresnais.

—Sí, desde luego, lo soy.

—¿Cuándo lo vio por última vez?

Me mordí los labios y decidí mentir sólo en lo más indispensable, porque alguien podía haberme observado.

—Hace tres días me reuní con él en el Arco de Triunfo y estuvimos dando un paseo en mi coche —dije—. Si no recuerdo mal, nos despedimos en Billancourt. ¿Pero por qué me pregunta eso? ¿Qué pasa con él? ¿Es que le ha sucedido algo?

—Ha desaparecido.

—¿Qué... qué dice?

Javert sonrió comprensivo ante mi expresión alterada. Y él nunca supo bien lo que me tranquilizó su sonrisa. Me di cuenta de que la policía no es tan lista como la gente cree; de que aquello era una investigación rutinaria y de que no sospechaba de mí. Eso fue suficiente para devolverme todo mi aplomo.

—No tema —dijo Javert—. Por ahora no tenemos noticia de que le haya ocurrido nada malo.

—Se habrá ido de viaje —sugerí.

—Ya hemos pensado eso, pero no hay indicios. Dejó en su habitación las cosas algo desordenadas, como si hubiera salido sólo para un par de horas. Y su equipaje estaba allí.

—Entonces tal vez haya... alguna cuestión sentimental.

—Habíamos pensado en eso —musitó Javert—. Por eso he venido a verla. Creíamos que la cuestión sentimental era usted.

Palidecí.

—Le aseguro que Pierre y yo... Bueno, no hemos tenido jamás la menor confianza. Ni nos hemos besado en la mejilla.

—¿No eran novios?

—No. Sólo buenos amigos.

—¿Sabe si Pierre salía con alguna muchacha?

—No, que yo sepa no. Estaba solamente dedicado a sus estudios.

—Entonces quizá alguna alumna.

—Tampoco. Él sólo tenía alumnos. Dirigía un seminario de altas

matemáticas aplicadas a la Física.

Javert hizo un gesto de extrañeza.

—Bueno, entonces la cosa no parece tener demasiado sentido.

—¿Han revisado la lista de accidentados?

—Sí, claro que sí. Es lo primero que hacemos. Investigaciones en los dispensarios, hospitales y clínicas de todo el país, depósitos de cadáveres. Por cierto que, en la morgue de París, Pierre también tiene un amigo. Me refiero al doctor Michel Francás.

—Sí... Es muy amigo suyo.

—Él nos ha sido muy útil, poniéndose en contacto con todos los depósitos de cadáveres de Francia. Ha obrado incluso con más rapidez que nosotros. Y los resultados, afortunadamente, son negativos.

Hizo una breve pausa y añadió:

—¿Tenía otros amigos?

Comprendí que la pregunta ya se la habría hecho antes a Michel y que él le habría dicho la verdad, de modo que yo también resolví decírla.

—Sí, tiene otros amigos —murmuré—, además de mí, naturalmente. Me estoy refiriendo a Michel quien usted ya conoce. También a René, a Giles y a Joseph. A todos los encontrará fácilmente en París. Si quiere, le daré sus direcciones.

Quería colaborar para que el inspector Javert siguiera considerándome una buena chica.

Extraje por primera vez un bloc de notas.

—Sí, démelas, por favor. La de Michel no hace falta, puesto que ya he hablado con él.

Le di las direcciones de los otros miembros del grupo y Javert las anotó.

Me di cuenta de que aquello tenía importancia.

Sencillamente, estaba dando a la policía los nombres y las direcciones de todos los que asesinamos a André Payot.

Pero ¿quién se acordaba de André Payot?

La policía tiene muchas veces pistas maravillosas en sus manos, pero no las sabe utilizar. Aquel hombre averiguaría muchas cosas, caso de saber que los cinco habíamos marchado de París en una misma fecha y nos habíamos reunido en Cherburgo también en la misma fecha. Pero el inspector Javert sólo se preocupaba de la

desaparición de Pierre. No averiguaría nada más. De todos modos, la idea de que pudiera darse cuenta de aquella coincidencia, me hizo estremecer.

Guardó el bloc preguntó:

—¿Había usted notado algo extraño, últimamente, en la vida de Pierre?

—No, nada en absoluto.

—¿Algún conflicto económico?

—Pierre no tenía problemas de dinero. Como era soltero ganaba más de lo que le era necesario para vivir. En ese sentido no creo que tuviera necesidad de alterar su vida para nada.

Javert parpadeó.

—Por su especial profesión, ¿sospecha usted que pudiera tener relación con secretos nucleares? —me preguntó.

Voluntariamente, puse la cara de asombro más intensa que una muchacha honrada y encantadora como yo podía poner.

—¿Secretos nucleares? —balbucí—. ¿Insinúa usted que pudiera haberse fugado a un país extranjero?

Javert se puso en pie y se dirigió hacia la puerta.

—Es una posibilidad —dijo—. Sólo una posibilidad, pero no podemos desecharla de antemano. Los servicios exteriores de la policía están haciendo investigaciones en ese sentido. Creo que también se habrá cursado nota al *Deuxième Bureau*.

—Le deseo mucha suerte, inspector Javert.

Él giró el pomo de la puerta.

Y cuando ya iba a salir, se detuvo para mirarme. Me miraba de una forma extraña.

—No sé si eso tiene importancia, pero ha dicho usted una cosa extraña, Celine.

Palidecí.

—¿Una cosa extraña? —musité.

—Sí. Hace un momento, al hablar del dinero de Pierre, usted se ha referido a él hablando en tiempo pasado, como si ya hubiese muerto. ¿Es que sabe algo que no me ha dicho? ¿Fue víctima de... digamos un accidente?

Me mordí el labio inferior rabiosamente. Esta vez no supe disimular.

Había cometido un error estúpido, un error de los que se pagan

caros.

Siempre había oído decir que los criminales se creen muy listos, pero en realidad son ellos los que se meten la cabeza en la guillotina. La verdad era que yo me consideraba más inteligente que los otros. Soy una chica preparada, tengo estudios superiores y poseo un título de doctora en Física Espacial, pese a mi juventud. La verdad es que en este momento sentí una honda, una profunda decepción de mí misma. Acababa de cometer un error que, seguramente, no hubiera cometido ni la más ignorante de las raterillas de París. Pero ya no tenía remedio.

Afortunadamente, Javert no pareció dar al detalle demasiada importancia.

Sonrió mientras abría del todo la puerta y dijo:

—No se preocupe; a veces las personas hablamos de un modo que no tiene lógica. Estoy seguro de que usted lamentaría mucho que le hubiera ocurrido cualquier cosa a Pierre.

Y salió.

Quedé sola con mis pensamientos, sola con mi duda y, sobre todo, sola con el principio de mi miedo.

Nunca hubiera imaginado que las cosas marcharan así, con tanta rapidez.

Pero tenía un tanto a mi favor, y era éste: nunca encontrarían el cadáver de Pierre.

Yo sabía bien por qué.

Ese pensamiento me tranquilizó.

Nunca sería detenida ni juzgada mientras no apareciera el cuerpo de mi víctima. Eso no impedía sin embargo, que llegaran a sospechar de mí.

Era lo peor de todo el asunto.

Podía estropear mis planes, ya que aún tenía que matar a otro hombre.

No sé por qué había imaginado que las cosas no empezarían a ponerse serias hasta la segunda o tercera víctima. Pero comenzaban a ensuciarse después de la primera. Eso me hacía vacilar.

Estuve mucho rato meditando, mientras miraba a través de la ventana los altos árboles de Luxemburgo.

Cualquiera que me hubiese visto habría pensado: «He aquí una buena chica. Ni siquiera sale de su casa».

Pero hacía falta conocerme bien.

Al fin tomé una decisión.

Obraría con audacia, con rapidez.

Tenía que escoger enseguida a mi segunda víctima.

Y la elegí.

Se trataba de una mujer, la verdadera protagonista de esta historia.

Inmediatamente les hablaré de ella y de mi plan para matarla.

CAPÍTULO VI

Me puse en contacto con Giles. Yo ya sabía muchas cosas de Marianne Vienne, pero quería concretar algunos datos más. Encontré a Giles en la Biblioteca Nacional, que era el sitio al que iba todas las tardes.

Giles no tenía tan buena presencia como Pierre. Me refiero al sentido atlético, al sentido puramente físico. Más bien era un poco desmedrado y con aire intelectual, engañaría, sin embargo, a cualquiera que quisiese atacarle en una calle oscura. Porque Giles era cinturón negro de judo y uno de los expertos de karate más peligrosos que he conocido en mi vida.

Yo también había decidido acabar con Giles.

Sabía que me iba a ser más difícil que acabar con Pierre, porque Giles era más astuto y, sobre todo, más desconfiado. Sin embargo, mis planes estaban muy bien trazados.

Pero Giles no era el primero de la lista.

Les acabo de hablar de una mujer.

De Marianne Vienne.

Ella era a la que primero necesitaba exterminar.

Cuando le pregunté a Giles si Marianne continuaba viviendo en el mismo sitio, hizo un gesto de sorpresa.

—¿Para qué quieres saberlo?

—La policía me ha preguntado por Pierre.

—También a mí —confesó Giles.

—¿Y qué les has dicho?

Giles de encogió de hombros.

—¿Qué les voy a decir, si no sé nada?

—Lo único que sabes es que ha desaparecido, ¿verdad?

—¿Es que tú sabes algo más? —me preguntó él, con su habitual

suspicacia.

—Sólo una cosa —dije—. Que he engañado a la policía.

—¿En qué?

—Me han preguntado si Pierre tenía alguna aventura sentimental o si tenía novia. Yo les he dicho que no.

Giles parpadeó.

—¿No les has hablado de Marianne?

—¿Lo has hecho tú?

—No, de ningún modo. No he mencionado a Marianne para nada. No he dicho que Pierre tenía un hijo con ella. Que siempre había sido el único amor de su vida.

Dibujé una mueca de hastío que Giles notó perfectamente.

—¿Qué te pasa? ¿Es que eso te parece ridículo? —me preguntó.

—Es que eso de los amores eternos y de las grandes pasiones me hace mucha gracia —dije sarcásticamente—. En eso creo lo que opinaba Oscar Wilde.

—¿Y qué opinaba Oscar Wilde, si puede saberse?

—Se preguntaba qué diferencia hay entre un amor eterno y un capricho.

—¿Y qué diferencia hay? —me preguntó Giles.

—Sólo ésta: que el capricho dura más.

Giles me miró casi con asco.

Supongo que lo merecía.

—Eres lo más cínico que he conocido, Celine —susurró.

—¿Por qué dices eso? —pregunté, con mi habitual cara de buena chica.

—Por varias cosas. En primer lugar, por tu modo de ser y de hablar. En segundo lugar, porque fuiste tú quien, fundamentalmente, engañó a André Payot. Tú eras la que entrabas a hablar con él cuando estaba en el ataúd. Tú llevaste la parte fundamental de aquella conjura. Y, en cambio...

—Sí —dije bruscamente—, a ti ni siquiera te vio la cara. Muy cómodo el papel, ¿verdad?

Giles hizo un gesto de hastío con las dos manos.

—No me gusta nada esta conversación —dijo—. De modo que vamos a dejarla. Aquélla fue una cosa en la que nos pusimos de acuerdo, y por tanto más vale no acusarnos. Perdóname si te he ofendido, habíamos acordado no hablar sobre este asunto. Y ahora,

¿qué quieres saber de Marianne?

—Si vive en el mismo sitio.

—Sí, en la avenida del General Leclerc.

Le tendí la mano.

—Gracias Giles, no necesito nada más.

Iba a retirarme, pero me retuvo a su lado, sujetándome por un brazo.

—Las cosas claras, Celine.

—¿Qué te pasa?

—¿Para qué quieres ver a Marianne?

—Es muy sencillo —dije—. Quiero protegeros a todos vosotros.

—¿De qué modo?

—Supongamos que a Pierre le ha ocurrido algo. Supongamos que la policía sigue la pista y olfatea el rastro. Supongamos que el olor de la caza les lleva hasta Marianne y le interrogan. Supongamos, asimismo, que Pierre le había contado algo de lo que hicimos en Cherburgo.

Giles se estremeció.

No necesitó más palabras para darse cuenta del peligro.

Pero aún me retuvo a su lado, sujetándome por el brazo con una extraordinaria fuerza.

—Me haces daño, protesté.

—Quiero hacerte una advertencia, Celine.

—¿Qué es?

—Tú eres una mujer y por eso comprenderás mejor a Marianne —me dijo—. Conviene que hables con ella. Si ves que está asustada, nos lo adviertes. Pero no quiero nada de violencias. Está prohibido, incluso, amenazarla. Todo esto lo hemos empezado juntos y juntos vamos a terminarlo. Si observas algo extraño nos lo dices, pero no quiero un solo paso sin que estemos enterados todos, ¿comprendido?

Le dije que sí.

Le engañé, naturalmente.

Mi plan ya estaba decidido hasta en sus menores detalles.

Pero el muy idiota me creyó.

Los hombres como Giles son así.

Se creen los más listos del mundo y sin embargo.

De modo que me separé de él.

Y busqué el modo de ir a la avenida del General Leclerc.

* * *

Como usted ya sabe, es poca la gente que puede permitirse vivir en el mismo París, si es que vivir en París puede considerarse una suerte. Yo bien creo que aquello es una pesadilla. Pero, por la causa que sea, la mayor parte de los que trabajan en la capital pasan la noche en los llamados «dormitorios». La avenida del General Leclerc forma parte de uno de ellos. La gente toma allí el Metro por la mañana y no vuelve hasta la noche. Los hombres y las mujeres, los padres y los hijos, no se ven más que por la noche. Eso sí, tienen un coche que no pueden usar y una televisión que apenas les queda tiempo para ver. Es otra más de las ventajas de la llamada sociedad de consumo.

Bien, vamos a lo que interesa.

Ahora no recuerdo exactamente en qué número de la avenida del General Leclerc vivía Marianne. No lo recuerdo pese a las varias veces que lo leí en los periódicos, después del suceso. Pero, en cambio recordaré siempre cómo era aquel sitio. Se trataba de un pequeño apartamento que daba a un largo pasillo. Al final de aquel largo pasillo había una ventana con una alfombra.

Marianne vivía en un cuarto piso.

Primero tenía que observar.

Si explico todos estos detalles es porque tuve que fijarme muy bien en ellos antes de matarla. Para cometer un crimen, no ya perfecto, pero sí seguro, necesitaba tener en cuenta una serie de circunstancias en las que un delincuente vulgar no se fijaría.

Esta vez decidí no emplear el cuchillo.

No sabía bien por qué arma me decidiría.

Por eso fui a ver a Marianne.

Naturalmente, la encontré desolada. Llevaba tiempo sin saber nada de Pierre, y eso la tenía deshecha. Mientras la tenía sentada frente a mí, en su pequeño pero limpio apartamento, yo la miraba como si ya fuese un objeto extraño, como si fuese ya una muerta.

Oía su voz igual que si llegase de muy lejos.

—He telefoneado a todos sus amigos —me decía—. También iba a llamarte a ti, Celine, pero nadie sabe nada de nada. Lo que ha

ocurrido es lo más extraño e inexplicable del mundo. Pierre nunca había estado más de dos días sin verme, ¿comprendes lo que eso significa?

Y me apretaba las manos con angustia y con fuerza.

Yo seguía mirándola fijamente.

Debo reconocer que Marianne era muy bonita.

Incluso diría que más bonita que yo.

Me extrañaba que Pierre no se hubiera casado aún con ella, aunque, sin duda, tenía intenciones de hacerlo. Bueno, debió tenerlas antes de lo que yo hice con él. Ahora era distinto.

Marianne había sido la chica crédula, sencilla, que se deja arrastrar a cualquier sitio. Claro que dio con Pierre, que siempre había sido un buen chico, aunque demasiado dedicado a la ciencia. Pero en fin, eso ya no me importaba.

Formaba parte del pasado y traté de olvidarlo.

—La policía está investigando una posible desaparición —dije—. ¿Te han interrogado a ti para alguna cosa?

—No, para nada. Nadie conocía las relaciones entre Pierre y yo.

Eso me tranquilizó.

Era lo que me convenía.

Oímos en aquel momento llorar al hijo de Marianne y de Pierre, que tenía un año de edad. Confieso que ni eso me conmovió. Marianne se levantó y fue corriendo a la habitación contigua. Yo la seguí.

No entiendo de niños, porque no he tenido ninguno, aunque antes de que esta maldita aventura empezara, pude tenerlo. Pero el hombre que pudo ser su padre ya no volvería a palpar sobre la tierra. Ese pensamiento me atravesó como un cuchillo, hizo que me estremeciera en el umbral de la habitación, como una mujer a la que clavan un hierro ardiendo en las entrañas. Pero me sobrepuse. Con perfecta indiferencia dije:

—Es precioso. Se parece a Pierre.

Realmente era su vivo retrato.

Apreté los labios.

Pensé que al fin y al cabo no tenía por qué conmovirme. Contra el pequeño yo no tenía nada. Tampoco iba a quedar solo en el mundo después de que yo liquidase a su madre como había liquidado a su padre. Por lo tanto, la situación no me entristeció en

absoluto.

Dije con la mayor frialdad:

—Paséalo un poco, se calmará.

En efecto, Marianne lo llevó en sus brazos a la salita donde estábamos antes, y el pequeño se tranquilizó. Seguimos hablando de cosas intrascendentes y procuré calmarla, asegurándole que Pierre volvería de un momento a otro. Luego, me despedí.

La verdad era que estaba algo decepcionada.

No había dado con ningún procedimiento seguro para acabar con Marianne.

Mi visita amenazaba con ser inútil.

Pero de pronto, ella me dio la clave que necesitaba.

Fue al preguntar:

—¿Dónde has dejado tu coche?

—No he venido en coche. He tomado el Metro.

—Si vuelves, déjalo aquí abajo. Siempre suele haber sitio.

Salimos al pasillo donde estaba la larga alfombra y abrió la ventana.

Nos asomamos las dos.

Cuatro pisos. Cuatro pisos que daban sobre unas sólidas losas de piedra.

Comprobé que la ventana daba a un triste pasadizo en el que, efectivamente, podía estacionarse un coche. No se veía nada por allí. Ya he dicho que aquello era una ciudad dormitorio, de modo que, durante el día, la gente estaba trabajando en París. No necesitaba más. Era la gran idea que, durante todo aquel rato, había estado buscando.

—¿Estarás aquí mañana? —le pregunté.

—Sí, claro. Con el niño no puedo ir a muchos sitios.

—Entonces volveré mañana. Aproximadamente, a esta hora.

Le di un beso en cada mejilla y nos despedimos. Yo sabía que aquéllos eran los besos de la muerte. Pero no me impresioné en absoluto.

* * *

Volví al día siguiente, dispuesta a acabar con Marianne.

No necesitaba emplear ningún arma. Todos los elementos

estaban a mi disposición. Sólo me hacía falta un poco de astucia.

Llegué a la misma hora que el día anterior. La avenida del General Leclerc estaba entonces tan tranquila como siempre.

Estacioné mi coche a la entrada del callejón, conforme ella misma me había aconsejado.

Antes de entrar en la casa vi la furgoneta negra.

Era la misma que había visto cuando hice lo de Pierre en Suresnes.

Pieza esencial para hacer desaparecer el cadáver. Sin ella todo mi plan fracasaría. Sin ella yo no podía dar un solo paso.

Subí al apartamento de Marianne.

Estuvimos hablando un rato y, al final, me despedí. Pero antes de irme le hice un ruego que era esencial en aquellos momentos:

—He dejado el coche un poco metido en el callejón. Quizá, al salir, rozaré con algunas de las paredes. Si me vigilas desde la ventana, podrás verme, y en ese caso, me avisas con un grito. Cuando ya haya salido puedes irte.

Ella me prometió que lo haría así.

Yo me reí interiormente.

Nunca había tenido un crimen tan fácil.

Más fácil incluso que el de Pierre.

Vi que tomaba el niño en sus brazos al abrir la ventana.

Y entonces algo se removió dentro de mí.

Mascullé:

—¿Pero qué vas a hacer?

—Nada. Al niño le gustará ver cómo te vas.

Casi materialmente se lo quité de entre las manos.

—¿Pero no te das cuenta de que podrías caerte?

Ella se sobresaltó. Sus facciones se pusieron lívidas.

—Sí, tienes razón. Lo dejaré en el cuarto.

Lo hizo y se asomó a la ventana. Tenía que inclinarse para poder ver el coche.

Yo simulé que bajaba por las escaleras. En realidad llegué a bajar dos pisos.

Pero enseguida volví a subir silenciosamente.

Todo estaba como yo esperaba.

Mis ojos lo escudaron todo.

El cuerpo doblado sobre el alféizar, los pies posados en la

alfombra. La alfombra era la pieza mortal que me haría deshacerme de la mi víctima.

Reuní mis fuerzas y contuve la respiración.

Tiré bruscamente de la alfombra.

Los pies perdieron su base de sustentación y fueron empujados hacia arriba. Todo el cuerpo resbaló por la ventana hacia abajo. No se oyó ni un grito.

En cambio, percibí el estruendo del cuerpo al caer sobre las losas de piedra cuatro pisos más abajo.

Descendí rápidamente.

Tenía que alejarme de allí lo más deprisa que pudiera. Cada minuto contaba.

Y entonces lancé un leve grito.

Había llegado al primer piso y pensaba que todo iba a ser más fácil cuando aquel puño se abatió sobre mi cara. Se abatió dos veces. Y entonces lo vi todo rojo, espantosamente rojo y negro.

CAPÍTULO VII

Quedé sentada en las escaleras de mármol. Debía tener los labios partidos porque una gotita de sangre resbaló sobre mi vestido. Lancé un breve gemido de miedo al pensar que había sido atrapada por el inspector Javert. Eso hubiera significado el fin de todo. Pero todo mi miedo se transformó en una sensación de alivio al ver que el que acababa de golpearme no era otro que Giles.

De todos modos, parecía como loco.

Estuvo a punto de patearme la cabeza.

Logré sujetarle el zapato y gatear para ponerme en pie. Reconozco que, en aquel momento, debía enseñar muchas cosas. A cualquier hombre le hubiera gustado verme, pero Giles no se fijaba para nada en mis encantos femeninos. Me sujetó por los cabellos y barbotó:

—¡Tú, maldita zorra!

Susurré:

—Por favor, si nos sorprenden, diré que tú me has ayudado.

Fueron las palabras más certeras que podía dirigir a un hombre enloquecido como él. En cuestión de segundos se serenó. Se dio cuenta de que necesitaba pactar. Si yo decía que él era mi cómplice, le iba a ser muy difícil demostrar lo contrario. Además, estaba lo de André.

De modo que el jabalí se convirtió en un vulgar cerdo.

Lanzó un gruñido y masculló:

—Vamos.

Descendimos el piso que nos faltaba y llegamos a la planta baja. Aquello no daba al callejón y, por lo tanto, no vimos nada. Tampoco distinguimos que ninguna persona se acercara por allí. Aparte de que en aquella zona había muy poca gente durante el día.

París es una de las ciudades donde nadie se preocupa de nadie, y donde el sufrimiento ajeno deja menos huella en los demás.

Giles me indicó su coche.

Tenía un Porsche de importación, que estaba estacionado cerca.

—Sube.

—No seas idiota, Giles.

—¿Qué pasa?

—Tengo mi coche estacionado a dos pasos. Justamente a dos pasos de donde ha caído Marianne.

—¿Pero has sido tan estúpida como para...?

—No me quedaba otro remedio. Necesitaba que Marianne viera mi coche. Que me hiciese señas desde la ventana para yo, entonces...

—No hace falta que digas más. He visto cómo caía el cuerpo.

—Pues entonces comprenderás que necesito sacar el coche de allí. Y no te opongas porque los dos estamos metidos en esto.

Mi sangre fría le desarmó. Vi que sus labios temblaban.

Además, añadí:

—Ya tendría el coche fuera si tú no te hubieras metido en esto.

—Está bien, sácalo de allí.

Fuimos hacia el callejón, doblando la esquina.

Mi coche estaba allí.

Pero ya no se veía el cuerpo de Marianne. No veía ningún cuerpo en las losas, ocultas a la vista del público que pasaba por la calle. Mi propio automóvil había servido de empalizada.

Miré hacia el otro lado, hacia la otra salida del callejón.

Tampoco se veía a nadie.

Sólo se distinguía una mancha de sangre en las losas, pero tenía previsto eso. Colocándome tras el coche, abrí rápidamente el portaequipajes y extraje una lata de aceite de motores ya usado, que era negro como el betún. Lo derramé sobre la sangre y la cubrí totalmente. Luego esparcí serrín sobre el conjunto.

Desafío a que cualquiera notase algo allí.

El que estaba petrificado era Giles.

No comprendía lo que podía haber sucedido con el cadáver.

—Entonces tienes un cómplice... —masculló.

—No es momento de discutir eso ahora, Giles.

Me puse al volante de mi coche y lo saqué de allí. Por fortuna,

los escasos transeúntes seguían deambulando como si tal cosa. Había bastante gente en un cercano supermercado, pero nadie se había dado cuenta de nada.

Giles corrió hacia su Porsche.

Naturalmente no le fue difícil seguirme. Su bólido corría mucho más que mi sencillo utilitario. Me dirigí hacia Versailles, y cuando pasaba junto a un bosquecillo y un prado donde podíamos aparcar, Giles dio gas, pasó delante de mí, frenó y me obligó a detenerme.

Yo apreté los labios.

Ahora venía un momento malo para mí.

Pero no tenía más remedio que aceptarlo.

Bajé y me acerqué a él. Parecíamos dos desconocidos que por casualidad se han puesto a charlar en la carretera.

—Más valdrá que hablemos por turno —murmuré—. Los dos tenemos cosas que decir, y si no nos ponemos de acuerdo no terminaremos nunca.

Él contrajo las mandíbulas.

—Está bien —masculló—, empezaré yo. Pero no creas que luego tú te vas a quedar sin hablar.

—Diré todo lo que pueda decir, Giles —murmuré con la mayor frialdad.

—De acuerdo. Te diré que he venido detrás de ti porque no me fiaba un pelo de ti. Sospechaba lo que iba a ocurrir, pero nunca creí que fuera tan cínico y tan horrible. ¿Qué te había hecho esa pobre de Marianne?

Todo lo que contesté fue:

—Habíamos quedado en que hablarías tú. A mí me tocará el turno después.

—Muy bien, maldita zorra... Entonces continuaré. Te confesaré que estoy siguiéndote desde que hablamos en la Biblioteca Nacional. Ayer vi que hablabas con Marianne, y me ha extrañado que hoy volvieras. Cuando pasaba con mi coche, porque en un cruce he perdido un poco de tiempo, he visto caer un bulto desde la ventana del callejón. Ha sido todo muy rápido, pero me he dado perfecta cuenta de lo que sucedía. Entonces he pensado que podía hacer dos cosas: o tratar de ayudar a Marianne, o tratar «pescarte» a ti. Como lo primero ya era imposible, me he decidido por lo segundo. He corrido y he tenido la suerte de atraparte a la altura

del primer piso.

Calló.

Aprovechando que nadie pasaba, me largó guantazo y por poco me hace dar la vuelta sobre el capó.

—He terminado —dijo.

—No, aún no has terminado, Giles.

—¿Qué más tengo que decir?

—Te has dejado en la lengua lo más importante de lo que estás pensando.

Él se pasó una mano por la boca.

Masculló roncamente:

—Cierto. Me dejaba lo más importante. Estaba pensando que Pierre también ha muerto. Su desaparición no tiene otra causa. Y lo has liquidado tú.

Ni afirmé, ni negué.

¡Que pensara lo que quisiera!

—Bueno, ahora habla tú —dijo.

—Poca cosa tengo que decirte, Giles. En cuanto a lo de Marianne, no puedo negarlo porque tú mismo lo has visto. En cuanto a lo de Pierre, piensa lo que te de la real gana.

—¿Eso es todo lo que se te ocurre?

—¿Se te ocurre a ti algo mejor, Giles?

—Sí, por ejemplo denunciarte a la policía.

—De acuerdo, hazlo. No olvides que los dos hemos salido de la casa de Marianne y que los dos hemos huido juntos. Puede no habernos visto nadie, pero también puede habernos visto una legión de personal. Ni una mujer como yo ni un coche como el tuyo pasan desapercibidos. Une a esto el que yo podría acusarte en las primeras declaraciones y dime si el panorama es bonito para que tú vayas alegremente a la policía.

Él volvió a pasarse una mano por la boca.

Era un hombre realista, después de todo.

Y se olvidó de la policía para apretar los labios al preguntarme:

—¿Por qué odiabas a Marianne?

—Es asunto mío.

—Quizá yo pueda ayudarte un poco, muñeca. Supongamos que tú querías a Pierre. Supongamos que hiciste carantoñas con él. Supongamos que luego te enteras de que tiene un hijo con otra. En

ese caso, la muerte de los dos puede ser una cosa decidida ¿me equivoco? ¿O el pobrecito Giles está descarrilando demasiado?

Por unos momentos no contesté.

El chilló frenético:

—¡Habla, maldita!

—Marianne era una buena amiga mía.

—Las serpientes como tú no tienen amigas, pican y se alejan.

Apreté los labios al decir:

—No soltaré una palabra más, Giles.

—¿Ni siquiera sobre tus móviles?

—He dicho que ni una palabra más.

—Muy bien. En ese caso te las sacaré a puñetazos y a puntapiés.

Ponte detrás del coche.

Adiviné lo que iba a suceder.

Y traté de defenderme.

En lugar de quedarme yo oculta por el coche, que era lo que él quería, traté de clavarle en la espinilla uno de mis altísimos tacones de aluminio. Pero Giles era hábil y no conseguí nada. Por el contrario, no hice más que aumentar su odio. Empezó a aporrearme allí mismo, pegando como un salvaje. Mis labios se convirtieron en un manantial de sangre. Era una bestia, un loco. Me partió también una ceja y provocó que un ojo se me cerrara. Caí de rodillas mientras escupía una espuma roja. Ya no podía más. Entonces él se dispuso a golpear me con los pies.

Bueno, eso quiso.

No había oído el ruido del coche al frenar bruscamente junto a nosotros. Se enteró de que las cosas estaban cambiando cuando recibió en la mandíbula aquel gancho que le hizo quedar sentado en el capó de su Porsche, como un adorno más.

El nuevo guantazo le hizo resbalar y por poco entra de cabeza por el parabrisas.

Y yo había conseguido ponerme en pie.

Acababa de ser salvada, pero no sabía si alegrarme o no.

Porque el que estaba manejando los puños con aquella contundencia no era otro que el propio inspector Javert.

CAPÍTULO VIII

¿Tiene algo de extraño el que me sintiera acorralada?

Pero no tenía la menor posibilidad de huir, de modo que me quedé quieta y traté de disimular el temblor que sentía en mis piernas. Con un pañuelo me restañé la sangre. El gendarme uniformado que conducía el coche de Javert se acercó y me tendió una botella chata donde había *coñac*. Bebí febrilmente y me puse a toser.

Mientras tanto, el combate entre Giles y Javert ya había terminado en algo así como K. O. técnico.

No dudo que Giles hubiera podido defenderse mejor, pero no quiso forzar las cosas al ver que estaba en presencia de la policía.

Se dejó resbalar desde el capó del coche mientras murmuraba:

—Tenía mis motivos para hacer lo que estaba haciendo.

Javert ni le miraba.

Hizo una seña al gendarme.

—Llame por radio a dos motoristas y que le escolten hasta París. Llevará detenido a este hombre. Acusación: malos tratos de obra a una mujer. Luego veremos lo que hay detrás de todo esto.

El gendarme obedeció.

Los motoristas debían andar cerca, porque se presentaron allí apenas tres minutos más tarde. Durante ese tiempo, Giles no se había atrevido a hablar, mientras que yo tenía que hacer terribles esfuerzos para dominar el temblor de mis rodillas. ¿Hasta qué punto conocía Javert lo sucedido? ¿A dónde estaba dispuesto a llegar?

Por lo pronto, ni me miraba.

Hizo que Giles se acomodara en el asiento posterior del coche y que se lo llevaran de allí. Escoltado como iba por los dos motoristas, no tenía la menor posibilidad de huir. De modo que Javert y yo

quedamos solos. Podríamos regresar a París en cualquier momento, porque teníamos dos coches a nuestra disposición.

Esperó a que me hubiera restañado bien la sangre.

Luego me ofreció un cigarrillo.

—Ha sido muy hábil al separarnos, inspector —susurré, mientras exhalaba una bocanada de humo.

—La primera regla de oro de un policía —dijo él— es separar a los sospechosos cuando hay más de uno. No se puede consentir que el primero conozca lo que ha dicho el segundo. Y ahora tú y yo vamos a hablar, muñeca.

Su tono había cambiado.

Ya me tuteaba.

Me di cuenta de que me consideraba una cualquiera.

Aunque eso era peligroso para mí, fingí no darle importancia.

—¿De qué hemos de hablar, inspector?

—Están ocurriendo una serie de cosas muy extrañas.

—No ha hecho ningún gran descubrimiento, amigo. Pero a ver, concrete más.

Él concretó.

Empezó por apuntarme con el dedo.

—Te he estado vigilando durante todo este tiempo, muñeca. Imagino que eso no es ninguna sorpresa para ti. Y he estado al tanto de tus dos visitas a la avenida del General Leclerc.

Me estremecí.

Al hacer mis cálculos nunca debí haber ignorado tanto a la policía. En realidad no la había tenido apenas en cuenta, confiando en desorientarla. ¿Pero hasta qué punto había averiguado cosas Javert? ¿Qué sabía?

Él arrojó su cigarrillo al suelo.

Dio unos pasos y me miró. Yo también le miraba. Y estaba lamentando en mi fuero interno que un tipo tan atractivo como él se estuviera pudriendo en la *Sureté*.

Luego, dijo:

—Me gusta ser claro. Y empezaré porque aún no sabemos exactamente a qué has ido un par de veces a la avenida del General Leclerc. La primera vez comprobamos que visitabas a cierta mujer llamada Marianne. Intentamos establecer alguna relación entre ella y el desaparecido Pierre, pero, ahora, no la hay. El único eslabón

que los unía eras tú.

Hizo una pausa, mientras yo trataba de recobrar la confianza en mí misma.

—La segunda vez nos dimos cuenta de que ibas al mismo sitio —continuó Javert—, pero el gendarme que conducía se desorientó. Es ése que has visto antes. No es lo que se dice un hacha. Perdió unos minutos, y cuando llegamos sólo vimos que tú te largabas en tu cacharro y que te seguía un Porsche. Mientras nosotros íbamos detrás a cierta distancia, ordené a un gendarme que subiera al piso de Marianne. Todos los resultados de su pesquisa nos los ha ido transmitiendo por radio. ¿Y a que no sabes lo que encontró?

Apreté los labios, sintiéndome cada vez más segura de mí misma. Sabía que no podían haber encontrado nada en especial, puesto que yo era la última que había estado en el apartamento. Tal vez alguna carta, algún retrato de Pierre... Bueno, pero eso no me importaba.

Javert dijo:

—Encontró a un pequeño que lloraba desconsoladamente. Pero ni rastro de la madre. Nadie la había visto salir, nadie sabía nada de ella. A Marianne no la han encontrado en todo el vecindario. ¿Una mujer se larga abandonando a su hijo de esa manera? Yo más bien creo que para que eso ocurra ha tenido que suceder algo terrible.

—¿Como a Pierre?

—Sí, con Pierre también ocurrió algo parecido —dijo Javert—. De pronto se esfumó así, ¡plum!, como el humo, sin dejar rastro. Dejó los trajes, las maletas, todo, absolutamente todo, en el apartamento. Y Marianne ha dejado incluso a su hijo. ¿Crees que eso es lógico?

—Yo no tengo que creer nada —dije, con la mayor desfachatez.

Cada vez estaba más convencida de lo sólido de mi posición y de que iba a engañar nuevamente a la policía.

—No tendrías nada que creer si no estuvieras metida en el ajo, pequeña. Y lo estás. Estás metida en el ajo hasta el mismísimo cogote. Por eso tienes algo que decirme sobre todo lo que ha sucedido. ¡Y vas a decirlo esta misma mañana! ¡Ante el juez!

Me dio un empujón y me metió en el Porsche. Yo comprendí que debía considerarme detenida, al menos por el momento, pero no protesté. ¿Qué demonios podía decir? ¿Gritar que no hablaría si no

era en presencia de mi abogado, como en las películas americanas?

Al subir tan violentamente al coche, no sé qué ocurrió con mis piernas. Bueno, sí que lo sé.

Javert se fijó en ellas, pero haciéndose el hombre decente, murmuró:

—Lástima de piernas para seguir el camino de la guillotina.

Me bajé la falda con un gesto de desprecio.

CAPÍTULO IX

Nadie se extrañará, supongo, si digo que recuerdo los dos días que siguieron como los más fastidiosos de mi vida. Javert y sus gorilas me estuvieron interrogando durante diez horas seguidas, aunque reconozco que fueron educados conmigo. No sacaron nada en limpio. Luego, casi al amanecer de la siguiente jornada, me llevaron al *Palais Justice*, ese viejo y siniestro, pero subyugante edificio medieval que está a la orilla del Sena. Allí comparecí con el atestado policial, a presencia del juez. Éste era un tipo de unos sesenta y cinco años, pero que también se fijó en mis piernas cuando me senté con la mayor desenvoltura. Lo primero que me preguntó fue si quería designar un abogado.

Le dije que no hacía falta.

Luego leyó el atestado, o conjunto de investigaciones que hasta aquel momento había realizado la policía.

Empezó a lanzar bufidos, mientras decía que aquello no era ninguna prueba. Y, en efecto, no lo era. ¿Dónde estaba el acto criminal? ¿Por qué se me acusaba a mí de la desaparición de dos personas mayores de edad, que podían haberse largado perfectamente por iniciativa propia?

Pero de todos modos, no me soltó tan fácilmente.

La máquina de la justicia es siempre un carro mal engrasado. Tarda en ponerse a andar y tarda en poder pararse. Es un asco.

Ordenó una completa investigación sobre las vidas de Pierre y Marianne, investigación en la que yo le ayudé un poco, diciéndole algo que no había contado a Javert: que Pierre y Marianne eran amantes y que el pequeño que habían encontrado llorando en el apartamento de la mujer era hijo de ambos. Eso arrojaba una nueva luz sobre el asunto, que era justamente lo que yo quería. El juez

llegó a la conclusión de que Pierre y Marianne eran un par de hijos de zorra que se habían largado abandonando a su propio hijo.

Las cosas estaban donde yo quería. De todos modos, conseguir mi libertad me costó todavía veinticuatro horas más.

Del pequeño hijo de Pierre y de Marianne se hizo cargo la beneficencia pública y yo llevé mi hipocresía al extremo de asegurar que quería adoptarlo, pero por poco me echan por la ventana. Demasiado sabíamos todos que no se podía adoptar al pequeño mientras sus padres no estuvieran oficialmente muertos, cosa que tardaríamos en saber.

En esas condiciones me convertí otra vez en una mujer libre, en la leona que acechaba en la jungla de París el paso de una nueva víctima.

En efecto, me quedaba mucho trabajo por hacer.

Aquella misma tarde, mientras miraba desde la ventana de mi hotel los jardines del Luxemburgo repasé de nuevo la lista.

Ahora era más corta.

- Michel.
- Giles.
- René.
- Joseph.

Tenía que elegir a uno de ellos.

Me decidí por René.

Ya sé que el más peligroso era Giles, pero, por una serie de razones, no podía de momento, acercarme a él. Demasiado hacía eligiendo a otra víctima cuando tenía clavado encima el ojo de la policía. Era necesario que me decidiese por el más inofensivo si es que René era inofensivo en algún sentido.

En la soledad de mi habitación me dediqué a reunir datos.

Sabía bastantes cosas acerca de René.

No en vano habíamos sido cómplices para engañar y matar a André Payot.

René era, quizá, el más viejo del grupo, tenía treinta y cinco años. Desde su infancia tuvo una sola afición y a ella dedicó su vida entera: la química. Como, además de afición, sus padres le dieron dinero, René pudo dedicar a aquello todas las horas que quiso. Había estudiado no sólo en Francia, sino también en Alemania y en

Norteamérica. Se le consideraba una figura prometedora y altamente eficaz. Yo me ocuparía de que eso no siguiera siendo así por demasiado tiempo.

La duda que yo tenía se concentraba en un solo punto:

¿Cuál sería el mejor sistema para matarle?

A eso dediqué tres días. Tres de los días más intensos y bien aprovechados de mi vida.

* * *

Por descontado, la policía no había dejado de vigilarme.

Yo era lo bastante lista para saber distinguir entre los tipos que me seguían en el Metro, que se tropezaban conmigo en los aparcamiento, que siempre daba la casualidad de que tenían sed cuando yo entraba en un bar a beber algo y que se morían de hambre cuando me sentaba en un restaurante estudiantil del *boulevard Saint Michel*.

No me preocupé demasiado por ellos.

La primera regla de oro para desorientar a la policía es obrar con absoluta naturalidad.

Una no debe cambiar de costumbres; no debe dejar de frecuentar sus amistades de siempre; no debe prescindir ni de sus pequeños vicios. Lo que más desorienta a los polizontes es ver que el sospechoso hace lo mismo todos los días, lo mismo que millones de seres humanos de los que pululan en la gran ciudad. De modo que me dediqué exclusivamente a la vigilancia de René. Pero lo hice tan discretamente que yo creo que no lo notaron. Los hechos que sucedieron luego me darían la razón.

René era un hombre muy difícil de controlar.

Vivía en un sitio muy concurrido, no frecuentaba lugares solitarios, iba acompañado casi siempre, no presentaba un flanco fácil.

Resultaba relativamente sencillo liquidar a hombre o una mujer que viven solos o que son crédulos, como en el caso de Pierre y Marianne. René era el reverso de la medalla. Más desconfiado y astuto que Giles, no se le encontraba solo casi nunca, y si yo trataba de atraerle a un lugar abandonado, la policía se daría cuenta enseguida.

Ahora, las cosas eran muy distintas. Ahora, yo estaba muy vigilada.

Para acabar con René tenía que simular un accidente.

Su coche era el instrumento ideal, porque René siempre estaba al volante. Gustaba de los modelos deportivos y de conducir a buena velocidad por las autopistas.

El vehículo que ahora poseía era un magnífico modelo americano pintado de un maravilloso color rojo, tenía ocho cilindros en V y una maravillosa estampa que admiraba a los buenos conocedores de París. Lástima que tuviera que convertirse en una hoguera con el dueño dentro.

Durante varios días frecuenté bastante la amistad y la compañía de Michel y de Joseph, pero ni una sola vez hablé con René. Tenía decidido que no vería a éste hasta el mismo día de su muerte.

Por fin llegó el gran momento.

Lo recordaré siempre. Era una magnífica mañana de primavera. Los privilegiados que podían salir al campo se largaban con expresiones felices, pero la inmensa mayoría de los ocho millones de habitantes de París tenían que estar encerrados en sus colmenas para producir más y más. René, que en muchos aspectos podía considerarse un privilegiado, salió con su coche a pasar el día fuera.

Iría hasta Chartres, seguramente, como solía hacerlo siempre. Era un enamorado del arte gótico, y la catedral de la ciudad le extasiaba. La noche anterior yo hice una visita a su automóvil.

Por el hecho de vivir en el centro de París, René no disponía de garaje para su bólido. Era una lástima tener que dejar aquella maravilla en la calle, pero a mí esta circunstancia me resultó muy favorable. Maniobré muy discretamente y de modo que nadie me viese.

Hice dos cosas.

La primera fue estropear los fusibles para que en el coche pudiera producirse un contacto y éste se incendiara. La segunda fue cambiar la botella del extintor de incendios por otra de la misma apariencia y cuyo contenido había preparado yo misma.

Aquel día René salió tranquilamente. Yo salí también.

Pero no me dirigí hacia Chartres, sino que me detuve en un punto intermedio en la tranquila llanura que se extiende hasta París. Dejé mi coche a un lado de la carretera, en un campo sin

sembrar, y me dediqué a la pintura. Ésa era una afición que no había tenido nunca, pero que en los últimos días me había cuidado de poner de manifiesto ante la policía. Instalé mi caballete y me dediqué a esperar.

Es muy posible que me estuvieran vigilando a distancia, con teleobjetivos. En todo caso, no se veía a nadie. Pero como lo que yo estaba haciendo no era ningún delito, me dediqué tranquilamente a ensuciar la tela y a dejar pasar el tiempo.

El campo que había enfrente de aquél en el que me encontraba yo sí que estaba sembrado. Había en él altas mieses y más allá un bosque de bastante espesura. Yo me dediqué a pintar todo esto con la más imperturbable de las calmas.

Tuve suerte.

Lo que tenía que suceder sucedió.

Y fue casi delante de mí, cuando René debía regresar de Chartres.

Recuerdo que serían las cinco de la tarde.

El sol aún se hallaba muy alto. La luz era espléndida. La primavera estaba en su mejor momento.

Confiaba en que mis planes no fallarían, pero nunca esperé tener la suerte suficiente para ser testigo de mi éxito. Vi avanzar el magnífico coche René. De pronto, en la gran recta de la carretera, el incendio se produjo.

Al principio no debió ser nada de especial.

Simplemente, empezó a salir humo del capó. René frenó y debió usar el extintor de incendio que yo había preparado.

Naturalmente, nadie sabía que el extintor estaba cargado con el líquido más inflamable que una hábil química como yo había podido conseguir. Bastaba con el simple calor para que aquel líquido provocara un infierno. Y eso fue lo que exactamente sucedió.

Todo ocupó menos de diez segundos.

De repente, el coche pareció explotar.

Se convirtió en una bola de fuego.

Yo no he visto nunca quemarse viva una persona, y espero tener el buen gusto de no verla jamás. De todos modos, he de decir que no sentí la menor compasión por René. Simplemente, dejé caer los pinceles con un gesto perfectamente aristocrático, me puse en pie y

me dediqué a contemplar el fascinante espectáculo de la bola de fuego, a unos cien metros de distancia.

Otros automovilistas que llegaban desde lejos, y que debían haber visto muy fugazmente lo ocurrido, se detuvieron casi frente a mí. Ninguno se aproximó al coche incendiado, por temor a que su vehículo se convirtiese también en una pira. Realmente, el calor que debía desprenderse del choche incendiado debía ser espantoso.

Incluso el incendio por poco se propaga a los altos tallos de las mieses, junto a las cuales el coche se había detenido en el momento en que el incendio empezó.

Fue entonces cuando empezaron a salir policías por todas partes.

Yo sabía que me vigilaban, pero no imaginé que fuera tan importante ni que tuviese tanta gente a mi disposición. Ninguno de los gendarmes estaba cerca, pues el más próximo lo vi aparecer a cosa de media milla, pero yo, Celine, había estado todo el tiempo materialmente rodeada. Entonces me di cuenta. Todo, excepto el campo de mieses que estaba frente a mí, se llenó de uniformes azules. Un par de individuos de paisano y que debían ser inspectores de la *Sureté*, llevaban cámaras con teleobjetivos. Debían haberme retratado más veces que a Jacqueline Kennedy.

Pero toda aquella tropa no se preocupó de mí.

Corrieron como locos en dirección al coche incendiado.

Los automovilistas que se habían apeado utilizaron los extintores de sus coches. Una verdadera nube de espuma carbónica se abatió sobre el magnífico coche rojo, pero a todo esto ya habían pasado casi cuatro minutos. Del automóvil no quedaba prácticamente nada. Ya he dicho que se había producido una auténtica explosión.

Yo misma corrí hacia allí.

Me consideraba obligada a obrar como lo hubiera hecho una persona normal.

Pero, aparte de eso, quería ver de cerca los resultados de mi trampa.

Hice los cien metros tiempo récord.

Cuando llegué junto a los policías y los hombres de los extintores, el calor era espantoso. No podía una acercarse a menos de cinco metros del vehículo incendiado.

Un gendarme trató de hacerlo.

Un camionero lo apartó.

—¿Pero está loco?

—¡Hay un hombre ahí dentro!

—¿Y qué? ¿Cree que podrá salvarlo?

En efecto, se distinguía al volante un bulto humano. Aquello había sido un hombre, pero ahora creo que no era nada. El líquido inflamable había actuado maravillosamente bien. El cuerpo situado dentro del coche era poco más que un triste esqueleto.

Por fortuna para mí, no estaba Javert.

Pero el tipo que le sustituía se ocupó de mi presencia casi inmediatamente. Me sujetó por los hombros y me metió a empujones en un coche de la policía que acababa de salir yo no sabía de dónde.

Desde el interior vi el final del «espectáculo».

Cuando el fuego se hubo extinguido, unos minutos más tarde los gendarmes sacaron lo que quedaba del hombre sentado al volante. No recuerdo haber visto nada tan triste ni tan patético, pese a lo cual seguí sin sentir la menor pena. Los policías apartaron a la gente y formaron una especie de círculo en torno al muerto.

Yo oía sus exclamaciones perfectamente bien.

—¡Está deshecho!

—¡El fuego lo ha devorado por completo!

—¡Cualquiera lleva a la morgue una cosa así!

—Pues de todos modos vamos a tener que hacerlo.

—Vosotros dos, tratad de cogerlo sin que se rompa.

En efecto, aquello era como llevarse un puñado de ceniza.

Me pregunté qué demonios podrían hacer los forenses con lo que quedaba de aquel cuerpo. Y pensé en el mal rato que iba a pasar Michel, pues él estaba precisamente de servicio aquel día.

Un policía de paisano entró de pronto en el coche y se sentó a mi lado.

Tenía cara de perro a quien le han birlado su presa. Masculló:

—Bueno, ya es bastante.

Hizo una seña al gendarme que conducía, y éste arrancó.

Naturalmente, ahora sí que protesté. Aquella detención era absurda e injusta. Bastantes personas habían visto que el coche se incendió espontáneamente. Yo no había podido hacer nada contra él. Estaba pintando tranquilamente. ¿Qué culpa tenía si el accidente se había producido a poca distancia de mí?

Mientras rodábamos por las afueras de París, el inspector hablaba consigo mismo. Pocas veces había yo visto a un tipo tan nervioso como aquél. No paraba de decir que el cadáver aún sujetaba el extintor de incendios con una mano. Siendo así, ¿por qué no había logrado sofocar el fuego? ¿Cómo era que el incendio se había hecho tan atroz de segundos?

Yo guardé silencio, naturalmente.

Sabía que nunca aclararían aquello, al menos por sí mismos.

El incendio había tenido que consumir, por fuerza, la totalidad del líquido inflamable que tenía la ampolla cambiada por mí la noche anterior. No existía la menor posibilidad de análisis por aquel lado. Desde luego, no me atraparían.

Una cosa completamente distinta pensaba Javert.

Estaba congestionado cuando me metieron en su despacho, casi a puntapiés.

De entrada empezó a llamarme maldita y no sé cuántas lindezas más. En el fondo de sí mismo debía estar convencido de que yo era culpable, aunque esa convicción le iba a servir de bien poco.

Le resumí los hechos.

- 1 —Yo no había visto a René en los últimos días ni me había puesto en contacto con él. Entre otras cosas, mi teléfono estaba intervenido, lo cual yo daba por descontado.
- 2 —Cuando el accidente ocurrió, yo me encontraba a más de cien metros del coche.
- 3 —Estaba pintando, o sea, una honesta actividad que nadie podría reprocharme.
- 4 —Sólo me había acercado al coche cuando ya había varias personas en torno a él.
- 5 —El incendio no se había producido por medio de ninguna mina colocada en la carretera y que yo pudiese haber accionado eléctricamente. Los técnicos ya habían comprobado eso.
- 6 —Tampoco el coche llevaba ninguna mina de contacto acoplada. Esa clase de minas fueron muy usadas en el mundo del espionaje, y la policía las conoce bien. A los técnicos les bastó una mirada para convencerse de que no existía nada de eso.

- 7 —Tampoco había sido usada una carga de plástico. Los gendarmes que vigilaban la zona constataron que no se produjo explosión, sino simplemente incendio.

En fin, había sido el accidente más claro de este siglo. Un accidente ocurrido precisamente ante las narices de la policía.

Javert tenía que reconocer todo eso.

No era tonto y se daba cuenta.

¿De qué me podía acusar?

Por eso daba vueltas y más vueltas por su despacho, con las manos a la espalda.

Por eso daba aquella sensación de león enjaulado.

Al fin se sentó en borde de la mesa, frente a mí.

—Lástima que seas tan bonita —dijo.

Y yo pensé: «Lástima que tú seas un policía». Pero callé ese pensamiento. Sólo pregunté:

—¿Por qué dice eso?

—Porque estoy convencido de que mereces la guillotina.

—No se funda en nada, inspector. Está hablando de hipótesis montadas en el aire.

—Irás a la guillotina, muchacha. Y yo seré el primero en lamentarlo.

—No habrá ocasión, Javert. Nadie me podrá acusar de nada.

—¿Estás segura?

—Examine los hechos: dos personas han desaparecido. Bueno, ¿y qué? Usted no ha encontrado los cadáveres ni ha advertido la menor señal de violencia. Incluso hay una explicación racional para la desaparición de los dos. El juez la admitió.

Javert se mordió el labio inferior.

Demasiado sabía que legalmente solo uno de los dos estaba en el buen camino: yo.

—Pero tú fuiste seguramente la última persona que vio a Pierre, y sin duda fuiste la última persona que vio a Marianne.

—Bueno, bueno, las cosas no están tan claras como usted cree. Es posible que alguien más viese a Marianne. Podía estar en su piso. Al menos no es capaz de afirmar lo contrario rotundamente.

—No —confesó Javert—, no puedo. Pero en sus últimas horas estuvieron en contacto contigo.

—Eran amigos míos, ¿no? El contacto entre nosotros era una cosa natural. ¿Con cuántas personas habla usted al cabo del día? ¿Le acusarán si, después de hablar con una de ellas, ésta desaparece? ¿Y qué me dice de René?

Ante su silencio, que resultaba cada vez más rabioso y más impotente, yo proseguí:

—En el caso de René, no me había puesto en contacto para nada con él. Hacía tiempo que no le veía. Tuvo un accidente cerca de donde yo estaba. Bueno, ¿y qué? También estaban cerca ustedes. ¿Por qué no acusa al inspector que me detuvo? ¿Qué? ¿No estaba él, también, como quien dice, con los pies metidos en la salsa?

Javert hizo crujir sus nudillos.

Sus facciones de atleta se habían contraído. Los labios formaban una línea levemente curva, amarga. Me di cuenta de que se sentía fracasado. Pero que también, al propio tiempo, sentía una cosa muy extraña: que si lograba atraparme y enviarme a la guillotina, él lo lamentaría como ninguna otra persona en el mundo.

—Tendré que dejarte ir —masculló.

—Sabe que no le queda otro remedio.

—Pero no te hagas ilusiones. Puedo detenerte por cualquier cosa. Por insultos a la autoridad, por... ¡por lo que me de la gana! Y durante veinticuatro horas tendrás que aguantarte aquí.

—Pero transcurrido ese tiempo tendrá que soltarme igual. Y no habrá ganado nada.

Comprendió que eso era cierto.

—¡Largo!

Me levanté y caminé contoneándome hasta la puerta.

Me movía como una sirena.

Le estaba volviendo loco.

Cuando iba a abrir, un gendarme entró en el despacho. Llevaba unos papeles en la mano. Los tendió a Javert.

—El resultado de la autopsia, inspector.

Yo no me moví.

Quería escuchar el resultado de aquélla, aun... aunque supuse que Javert me enviaría a la porra. Motivos no le faltaban. Pero en lugar de echarme fuera, Javert se estuvo quieto. Por unos momentos pareció olvidarse de mí.

Leyó atentamente aquel papel.

Luego, me miró.

—Puedes estar satisfecha —dijo—. Lo has matado a conciencia. Del pobre René no ha quedado ni una partícula de piel. Lo han tenido que identificar por las medidas craneanas fundamentalmente. No han podido encontrar ni un átomo entero de su piel. Ya no hablemos de documentos. Lo único que ha podido ser medio identificado es un pedazo de su cartilla militar, que fue extendida en Argelia. René, efectivamente, había luchado allí.

Guardé silencio.

¿Qué comentario iba a hacer?

Los nudillos de Javert crujieron nuevamente.

—¡Largo! —gritó—. ¡Largo de aquí!

Yo salí.

Sabía que podía hacerlo tranquilamente.

No había contra mí la menor prueba, la menor evidencia que sirviera para llevarme ante un tribunal. Sospechas, muchas, pero eso no tenía importancia. Tampoco importaba lo que pensara Javert.

Lo primero que hice fue dirigirme a un taller de reparación de coches. Entregué una cantidad a dos mecánicos y les pedí que fueran con un vehículo suyo a recoger mi coche. Daba por descontado que los policías ya habrían terminado de fotografiarlo, de medirlo, de registrarlo desde los neumáticos hasta el techo.

Luego me dirigí a mi hotel.

Estuve muy tranquila, junto a la ventana, leyendo un libro técnico. Nunca me había sentido más sosegada ni más dueña de mí misma. Desde abajo llegaban los mil ruidos del tráfico de París y, en especial, de los embotellamientos de la calle Gay-Lussac. Pero nada de eso me turbaba. Estuve leyendo tranquilamente hasta que llamaron con los nudillos a la puerta.

Abrí.

Javert, apoyado en la jamba, me miraba pensativamente.

Parecía haber envejecido en unas pocas horas. Me di cuenta de que aquel hombre pasaba por una amarga crisis interior. Abrió un poco las manos, como haciendo un gesto de disculpa, y susurró:

—Perdón.

Se coló en mi habitación y se sentó del revés en una silla, apoyando las manos en el respaldo.

Yo me senté cerca de él, espiándole.

Durante algunos instantes guardamos silencio.

—¿A qué ha venido, inspector? —susurré, cuando aquella quietud se me hizo inaguantable.

—En cierto modo, a pedirte perdón. Creo que antes me he portado mal contigo. Te he insultado.

—Imagino que tendría sus motivos.

—Bueno... Claro que los tenía. Hay algo que debe saber: desde que me pusieron al cuello un collar con la chapa de perro policía, nunca me he encontrado ante un sospechoso tan claro como tú. Tengo la absoluta seguridad moral de que no eres ajena a nada de lo que ha sucedido. ¡Pero te escapas, maldita! Es eso lo que me vuelve loco.

Le tendí un cigarrillo.

—Fume, inspector.

—Gracias. Lo curioso es que, en el fondo, da gusto tratar contigo, muñeca. Eres educada, te rodeas de un buen ambiente, sabes vivir... No, no eres una criminal como otros.

—Pero sigo siendo una criminal...

—Desgraciadamente, sí.

Me mordí el labio inferior.

—¿Ha venido solamente a decirme eso?

—No, no... También he venido a charlar contigo.

—¿De qué?

—Verás, he estado dando vueltas a una serie de cosas.

Me estremecí, aunque ése no se notó desde fuera. Pensé que Javert era inteligente; no se trataba de un policía rutinario y adocenado. Él podía llegar demasiado lejos.

—Hable —susurré.

—La autopsia la ha hecho Michel. Michel es un buen médico forense.

¿Adónde infiernos quería ir a parar?

—Sí —dije—. Lo es.

—Y amigo tuyo.

—René también lo era. Y Pierre. Y en cierto modo Marianne.

—Desde luego. ¿Y qué?

—He estado dando vueltas en torno a ese pensamiento. Vueltas y más vueltas, ¿sabes? Y me he hecho una pregunta, ¿por qué sois

amigos?

Me encogí de hombros.

—¿Qué tiene eso que ver? ¿Por qué la gente simpatiza con unas personas y con otras no? Somos amigos porque nos encontramos bien unos con otros. Simplemente por eso.

—Cierto, cierto... Pero hay algo más.

—¿Qué?

—Todos sois científicos.

—Es natural, puesto que nos hemos movido en ese ambiente. Yo soy ex alumna del Instituto Politécnico. Lo raro sería que mis amigos estuvieran entre los ex alumnos de la Escuela de Bellas Artes. Cada uno hace sus amistades en el ambiente en que vive.

—Eso es razonable. Eso es hablar bien.

—¿Pues qué le extraña?

—Verás. He estado dando vueltas y vueltas a más vueltas a ese asunto. Y entonces me he acordado de André Payot.

Me estremecí violentamente.

No estoy segura de que esta vez no se notase.

—¿Qué tiene que ver ese tal André Payot con nosotros? —dije—. No lo he oído nombrar nunca.

—Se le detuvo en Cherburgo y se le recluyó como sospechoso del asesinato de un tal Georges Bossuet. André Payot era un individuo de pésimos antecedentes, un verdadero buitre. Pero supongo que hubiera terminado saliendo libre, ya que no había pruebas contra él. Georges Bossuet había desaparecido, pero no se sabía nada más. Algo parecido a lo que está ocurriendo con Pierre y con Marianne. Si André Payot, el sospechoso, llega a ser un individuo sin antecedentes, hubieran tenido que dejarlo libre, como yo he tenido que dejarte libre a ti. Pero él, por el contrario, era una especie de canalla fichado por todo menos por mearse en las listas electorales. Lo detuvieron y lo interrogaron. Y una noche, de repente, huyó.

Apreté los labios con energía.

No sabía exactamente qué vueltas iba a dar Javert al asunto, pero de una forma u otra yo no pensaba seguirle el juego.

—¿Y yo qué tengo que ver con un tipo así? —susurré—. No lo he visto ni una vez en mi vida.

—Bueno, la cosa quizá no sea tan sencilla. —Murmuró Javert—.

En realidad sí que conocías a George Bossuet. Lo conocía todo vuestro grupo.

—En efecto —dije.

Ya he advertido que la norma de todo criminal debe ser decir la verdad hasta el límite de lo posible. Y yo la practicaba.

—Parece que él era más listo aún que vosotros. Un científico de renombre, pese a su juventud. Y aunque el asunto es secreto, he podido enterarme de algo. Por ejemplo, llegó a poseer un secreto, un invento que vale docenas de millones de francos. No he podido enterarme exactamente en qué consistía, porque se trata de un secreto militar. Pero parece ser que se trataba de un elemento antimateria. Es decir, un desintegrador, un arma total. Una bomba de esa clase podría ser mil veces peor que una bomba nuclear.

Hizo crujir de nuevo sus nudillos y continuó:

—Se dice que los rusos poseen algo así como un arma de esa clase. Yo no lo sé. En todo caso debe ser aún un arma bastante rudimentaria. Se ha dicho también que varios generales murieron en un lugar ignorado de Rusia cuando se producía una prueba de esa arma, y luego el Kremlin ha ido dando la noticia de su muerte con distintas fechas y atribuyéndoles distintas enfermedades, para que no se descubriera la importancia de lo que había sucedido^[1]. Eso indica que, en todo caso, aún no han llegado a la perfección de una terrible arma de esa clase. Y que lo que había inventado Georges Bossuet podía ser del máximo interés, no sólo para ellos, sino también para los alemanes, los chinos... En fin, docenas de millones, ya te lo he dicho.

Salté indignada. Esta vez no pude contenerme.

—¡Georges no era un traidor!

—¿Qué te pasa? —susurró él—. ¿Tanto le apreciabas?

Intenté calmarme.

—Aprecio a mis amigos —dije.

—Sí, sí... Ya se ve. Y te los vas cargando uno a uno... Pero, perdona. Sé que no tengo derecho a decir eso. Volveré a lo de Georges que, en efecto, no era un traidor. Lo primero que hizo fue ofrecer su invento a las autoridades francesas.

—Lo sabía.

—¿Os lo dijo él?

—Sí.

—Lo celebro, porque eso me indica que no voy equivocado. Seguiré... Los militares se dieron cuenta de que la cosa era importante y de que valía la pena tomar algunas precauciones. Intervino el *Deuxième Bureau*^[2], que como ya debes saber es muy amigo de las cosas melodramáticas. En fin, se le dijo a Georges que se entrevistaría con un delegado del gobierno en un sitio rigurosamente secreto y en condiciones de absoluta soledad. Debían encontrarse en unas fundiciones de las afueras de París.

No hice ningún comentario.

A partir de ese momento estaba dispuesta a no decir ni una sola palabra.

—¿Tú sabías eso? —susurró.

—Yo no me meto en asuntos militares.

—Bueno, en realidad yo tampoco... Sólo estoy divagando. En fin, a lo que iba. La entrevista entre vuestro amigo Georges y el delegado del gobierno no llegó a celebrarse. Fuera por lo que sea, ambos desaparecieron. Del delegado del gobierno no se ha vuelto a saber más, aunque el asunto se ha mantenido en secreto por razones fáciles de comprender. Georges se esfumó igualmente, como si se lo hubiese tragado el aire.

Hice un gesto de indiferencia.

—Hay una posible explicación —dije—. Si esas dos personas tenían en sus manos un secreto que valía, por ejemplo, treinta millones de francos, no tiene nada de extraño el que decidieran quedarse con quince cada uno. Georges tenía la fórmula y el otro tal vez tendría la manera de venderla y además salir del país. ¿Han pensado en esta explicación?

Javert me miró con suspicacia.

—¿No has dicho antes con tanto entusiasmo, que no era un traidor?

—Es que ya no sé lo que me digo —susurré, más nerviosa cada vez.

Tuve la sensación de que Javert no me hacía demasiado caso.

Con la mayor tranquilidad continuó:

—No, Georges no debió ser un traidor. Al menos no se tienen indicios de que la fórmula que él poseía haya sido conocida fuera de Francia. La explicación que se ha encontrado es que ambos, el delegado del gobierno y él, pudieron ir a parar a uno de los bloques

de acero en fundición, donde no se les podría encontrar nunca más. Claro que eso es una simple hipótesis, pero indica la posibilidad de un doble crimen, tras el cual estarían ocultos intereses de la mayor importancia. Claro que yo no afirmo todo eso, sino que lo sugiero, simplemente. Pero, volviendo al principio de la historia. Si André Payot tuvo algo que ver con eso, su fuga tiene la mayor importancia. ¿Qué sabes tú de ella?

Tragué saliva espasmódicamente.

La verdad era que empezaba a sentirme menos segura de mí misma.

Aquel endemoniado Javert estaba llegando con sus conclusiones mucho más cerca de la verdad de lo que yo había imaginado al principio.

Pero logré serenarme.

—No sé porque me habla de esto —dije—. Nunca he conocido a André Payot. Su muerte, si es que ha muerto, o su fuga, si es que no se trata de una trampa de los militares, nada tiene que ver con nosotros.

—Es cierto —reconoció Javert—. No tengo ninguna prueba que desvirtúe lo que acabas de decir. Pero creo que éste es un camino en el que no voy demasiado descarrilado.

Volví a tragar saliva penosamente.

Él se había puesto en pie, como dando por acabada la conversación.

Yo me dije que sí, que podía tener una prueba sobre la relación que había entre la fuga de André Payot y todos nosotros.

Esa prueba consistía en comparar simplemente unas fechas: la de la fuga de Payot y la del viaje que todos nosotros habíamos hecho a Cherburgo. Pero Javert aún no debía haber hilado tan fino. No se había molestado aún en precisar ese detalle. ¿Qué ocurriría cuando lo hiciera? ¿Llegaría a hacerlo tal vez?

De momento comprendí que estaba en grave peligro.

Pero logré sonreír encantadoramente, mientras él se dirigía hacia la puerta.

—¿Sabes que es lo que más me gusta de ti? —me preguntó Javert mientras ponía la mano en el pomo.

—¿Qué, inspector?

—Lo cínica que eres —dijo, con un matiz de dolor.

Abrió la puerta y salió sin mirarme.

Yo me acerqué nerviosamente a la ventana.

De pronto el día ya no me parecía tan hermoso. Todo era siniestro, hostil.

Comprendí que tenía que darme prisa o fracasaría del todo.

Había que elegir una nueva víctima.

CAPÍTULO X

Consulté la lista que ya había mirado otras veces.

Ahora era asombrosamente corta.

Sólo había en ella tres nombres.

- Michel.
- Giles.
- Joseph.

Ahora no dudé tanto como las otras veces.

En efecto, las posibilidades de elección resultaban ya muy limitadas.

Me decidí por Joseph.

* * *

Durante dos días, en los que no ocurrió nada de interés, me dediqué a seguirle los pasos. Tuve que hacerlo muy discretamente, pues la policía me vigilaba ya sin disimulo alguno. Así, por ejemplo, tenía que vigilar a Joseph cuando éste viajaba en el metro en compañía de varios centenares de personas, cuando iba al parque de los Príncipes a presenciar un partido de fútbol. Nunca pude seguirle ni observarle mientras él estaba solo. Una de mis preocupaciones fundamentales era que la policía no se diese cuenta de qué persona se había constituido en el centro de mi atención.

No sé si llegué a conseguirlo.

Mi situación se había hecho más difícil cada vez pese a lo cual seguía libre y con posibilidades actuar. Quizá al principio de

aquella diabólica aventura, yo no me hubiera atrevido a pedir tanto.

Al tercer día llegué a una conclusión:

Con Joseph nunca podría acabar en plena calle porque en cualquier momento me vigilaba la policía. Tampoco podía acercarme a él para tenderle una trampa, ya que inmediatamente Javert imaginaría algo y lo haría proteger de una manera eficaz. Ahora mismo ya estaba vigilado, pero con esa vigilada rutinaria que significa hacer pasear un gendarme aburrido por delante de la puerta. Supuse que, pese a ello, tendría grandes posibilidades de entrar en su casa.

Porque era en su casa donde yo quería eliminar a Joseph.

No tenía otra posibilidad.

He de decir que mi plan tenía dos puntos muy favorables: conocía perfectamente las costumbres de mi víctima y conocía además la distribución de las habitaciones de su apartamento.

Sabía, por ejemplo, que Joseph se daba un baño cada noche antes de acostarse.

No una ducha, sino un baño.

Eso me ofrecía ciertas posibilidades.

También conocía un modo para entrar en la casa sin que el gendarme de turno me viese.

La casa en que habitaba Joseph había sido veinte años atrás un restaurante de varios pisos. De eso hay varios ejemplos en París. La célebre «*Tour d'Argent*»

era un restaurante de varios pisos en sus buenos tiempos. El que ocupaba la casa de Joseph cerró, se hicieron apartamentos. Pero aún quedaba el pequeño montacargas en el que los alimentos eran subidos desde la cocina a cada uno de los pisos. No estaba muy segura de que funcionara aún y de que además resistiera mi peso, así como el peso del muerto. Pero tenía que probarlo.

Ese montacargas se hallaba detrás de puertas rigurosamente cerradas, una en cada piso. Los vecinos se habían acostumbrado tanto a su inutilidad, que ya no las miraban siquiera.

Para entrar en la casa podía valerme de una puerta posterior, pues el restaurante había tenido dos entradas, una por cada calle. La posterior la ocupaba ahora un dispensario médico popular en el

que podía ocultarme fácilmente hasta la noche. Las circunstancias pues, en este sentido, me eran muy favorables. Algo bueno debía quedar para mí, qué demonios. Porque al lado de eso estaba la parte mala, que consistía en la vigilancia implacable de la policía.

Lo calculé todo para dos noches más tarde.

No iba a necesitar armas. Quizá la eliminación de Joseph fuera la más sencilla de todas las que había realizado hasta entonces.

Mi primera preocupación consistió en escabullirme de la policía.

Para eso me fui aquella noche al Olympia de París. En esa ocasión iba a estar abarrotado porque cantaba nada menos que Jacques Brel. A media sesión, cuando el entusiasmo de los fans era más delirante, yo cambié de sitio. Pude así desorientar a la policía, pero durante el resto de la sesión hube de cambiar de sitio tres veces más. En el bullicio terrible del Olympia, no crean que eso era difícil. Cuando el espectáculo terminó y la gente salió materialmente en masa, yo me uní a la multitud. Era materialmente imposible que me siguieran en esas condiciones. Si los policías no se tropezaban conmigo por pura casualidad, estaban listos. Imaginé sus caras de perro que se están mordiendo su propio rabo.

Desde allí, en el metro, me dirigí a la estación de Bastilla.

Joseph vivía muy cerca del *boulevard* Sebastopol.

Una vez allí, me dirigí al consultorio médico. Éste funcionaba también, para urgencias, durante toda la noche. Pedí que me tomaran la tensión arterial tras afirmar que me encontraba mareada. Después de eso fui al lavabo. Desde allí no me costó nada pasar a un pequeño patio interior que estaba muy cerca. El médico ya se había despreocupado de mí para atender a otros pacientes. Tenía las máximas facilidades para que nada fracasase.

Desde el patio pasé a la escalera de vecindad, tras forzar una puerta que sólo necesitó un par de movimientos de ganzúa.

Quedé al fondo de la escalera.

Algo lejos, a través de los cristales de la puerta principal, veía al gendarme de vigilancia. Pero ahora no era uno, sino tres. Después de perderme en el Olympia, los sabuesos debían haber telefoneado a Javert, y éste debía haber ordenado intensificar la vigilancia.

Me moví en silencio, después de lamentar no poder reírme en las narices de aquellos tres tipos.

Avanzaba, como una sombra vengadora, como una sombra

asesina.

¿Y era en realidad otra cosa?

La puerta que daba acceso al montacargas no resistió tampoco más de un par de minutos las maniobras de mi ganzúa. Creo que un experto la hubiera abierto al primer toque, pero yo no lo soy. Cuando tuve acceso al montacargas, palpé sus mandos en la oscuridad. Imaginé que aquello podría resistir unos ciento cincuenta kilos. Aunque para uso interno de aquel viejo restaurante; hay que tener en cuenta que las vajillas sucias de los diversos pisos debieron pesar, en sus buenas épocas, una enormidad.

Aunque con algunos chirridos, el montacargas funcionó.

Me encontré así en el piso de Joseph.

Ahora sólo tenía que abrir la puerta y llegar al apartamento del joven.

La cerradura de aquel piso me ocupó tres o cuatro minutos más, hasta el extremo de hacerme sudar de angustia. Yo sabía que cada momento tenía su importancia, que cada segundo contaba. Si los gendarmes de abajo se decidían a hacer una investigación un poco más en regla, me atraparían en la jaula y con las manos en la masa.

Y aquello sería el fin.

Pero tuve suerte.

Pude abrir la puerta y me encontré en el pasillo que, como imaginaba, estaba vacío y silencioso.

Anduve de puntillas hasta el apartamento de Joseph.

En la puerta estaba la plaquita dorada.

JOSEPH GUY

Médico

Porque Joseph era médico, efectivamente, aunque se dedicaba más a las investigaciones que a curar pacientes. Las únicas visitas profesionales que hacía, las que efectuaba precisamente en el dispensario barato por el que yo acababa de entrar. Joseph tenía demasiada categoría intelectual para trabajar allí, pero él creía que de ese modo estaba cumpliendo una función social. Cada uno tiene sus manías ¿no? Yo en eso no iba a meterme.

Ante la puerta, consulté mi reloj.

Todo había ido bien, al minuto.

Joseph era un hombre de rutinas muy puntuales.

A aquella hora, justamente, se iba a dar el baño.

Forcé de nuevo la cerradura, que tampoco me ofreció excesivas dificultades. Además, la cerradura estaba engrasada y no había llave por el otro lado, de modo que no se podía pedir más. Sin producir un solo chasquido, me encontré dentro del departamento.

Oía algunas cosas muy familiares:

El canturrear de Joseph.

El rumor del agua al llenar la bañera.

Y de pronto oí algo más.

El teléfono sonaba. ¡Sonaba en la misma habitación en la que yo me encontraba ahora!

Comprendí que Joseph iba a encontrarme allí cuando acudiera a la llamada. Por eso me moví con toda mi agilidad, que no es poca. Aterricé materialmente sobre una de las alfombras, detrás del diván más grande. Joseph entraba en aquel momento. Un instante de vacilación y me hubiera visto.

Pero no se dio ni cuenta.

Descolgó y preguntó:

—Doctor Gay al aparato. ¿Quién llama?

No sé lo que le dijeron, pero lo deduje por su respuesta. Resultaba que no podía ser sino Javert. Le estaba poniendo en guardia contra mí.

De pronto oí que Joseph lanzaba una carcajada.

—¿Pero qué me está diciendo, inspector? El hecho de que ustedes vigilen a esta muchacha no significa que tengan que vigilarme a mí. Sí, ya me he dado cuenta de que tengo un gendarme metido en todas partes. Pero lo que no sospechaba es que intentaban protegerme contra ella. Todo eso es ridículo, inspector. Si no fuera porque ofenden a Celine, yo diría que es lo más divertido que he escuchado en mi vida.

Calló.

Desde el otro lado del cable debían estar diciéndole algo. Seguro que el incansable de Javert seguía con su perorata.

Al fin, Joseph murmuró:

—De acuerdo, inspector, de acuerdo... Dicen que la han perdido en el Olympia y que no tienen rastro... Que puede haberse dirigido aquí... Yo no la he visto, pero seguiré las instrucciones que me da.

Si Celine me llama, me las ingeniaré para preguntarle dónde está y ganaré tiempo para decírselo a ustedes... De acuerdo, tomo nota de su número de teléfono... Y si pide venir a verme, yo no me negaré. Y les avisaré a ustedes. Sus facciones se crisparon. Y antes de colgar lanzó una especie de grito.

—¡Pero todo eso es ridículo!

Por poco rompe el aparato.

Luego produjo un chasquido con los dedos y volvió al cuarto de baño.

La bañera ya debía estar llena.

Le oí cerrar los grifos.

Y canturrear mientras se desnudaba.

Volvía a estar tranquilo.

Javert no imaginaba que yo estaba allí. ¡No podría imaginarlo nunca!

Gateé hasta la puerta del cuarto de baño.

Oí perfectamente el ruido que hacía el cuerpo de Joseph al introducirse en la bañera.

Yo continué quieta.

Él parecía chapotear. Moverse, cambiar de postura, alzarse en la bañera, volver a meterse en el agua...

Por fin me decidí.

No podía perder tiempo, puesto que Javert estaba en guardia.

¡Había llegado el momento!

Vi el cuerpo en el agua. Instantáneamente le hundí la cabeza bajo el líquido, mientras con la otra mano apretaba intensamente para mantener el resto del cuerpo también pegado al fondo de la bañera.

Había pensado mucho en aquel instante.

Sentí asco, un asco casi invencible, pero no podía vacilar.

Fue fácil.

Muy fácil.

Cuando me incorporé, cinco minutos más tarde, mis manos temblaban. Hice una mueca y me aparté poco a poco, contemplando mi obra.

El cadáver yacía en el fondo.

Abrí el grifo del lavabo y me lavé las manos casi con ansia. Luego comprendí que, en realidad, aquello no servía de nada.

Porque aún tenía que transportar el muerto.

Lo saqué de la bañera con todas mis fuerzas, cargándolo sobre mis espaldas.

Soy una chica fuerte. Además, en aquel trabajo procuré reunir todas mis energías. Sabía que no podía fallar.

Y cuando uno sabe que no puede fallar, hace las cosas de otro modo.

No vacilé mientras llevaba sobre mis espaldas aquel cadáver chorreante.

El silencio en el interior del apartamento era espantoso.

Pasé junto al teléfono.

¿Qué pasaría si éste se pusiera a sonar ahora?. ¿Qué infiernos pasaría si Javert llamaba otra vez?

En ese caso, al no encontrar a Joseph, vendría inmediatamente. Tan inmediatamente que no me daría tiempo a terminar mi siniestro trabajo.

Por eso miré el teléfono, al pasar junto a él, como quien mira una bomba que puede estallar en cualquier momento.

Pero no sonó.

Contuve la respiración al salir al pasillo con el cadáver a cuestas.

Aunque sabía que aquél era un sitio muy tranquilo y que resultaban mínimas las posibilidades de que alguien saliera, recuerdo aquellos minutos entre los más angustiosos de mi vida. Avancé pesadamente con el cuerpo sobre la espalda, hasta la puerta del montacargas. Como la había dejado solo entornada, me bastó una mano para abrirla y seguidamente introducirme en el interior.

Otro pensamiento terrible me asaltó.

¿Y si el viejo montacargas se estropeaba y no llegaba abajo? ¿Y si yo me quedaba entre dos pisos, con el muerto por única compañía?

Ése sólo pensamiento hizo que unas gotas de sudor helado aparecieran en mis sienes.

Con la operación «Joseph» yo me había arriesgado mucho. Era lo más difícil que había hecho desde que aquella maldita aventura empezó.

Pero las cosas siguieron marchando.

El montacargas llegó normalmente abajo, aunque algunos de sus ruidos y vacilaciones hicieron que el sudor que había empezado en

mis sienes llenara todo mi cuerpo.

Abrí la puerta inferior.

Salí al patio.

Y deposité el cuerpo desnudo en el ángulo más seguro del mismo. Lo demás ya no corría de mi cuenta. Mi siniestro trabajo había terminado en cierto modo.

Esta vez volvería a intervenir la furgoneta negra.

Esperé entonces un momento, pegada a la pared, a que mis ropas se secaran un poco.

Entonces salté de nuevo al interior del lavabo del dispensario. Tiré de la cadena repetidamente y luego salí.

Sólo había una mujer adormilada en la sala de espera.

En una de las habitaciones se oían los gemidos de un herido al que debían estar cosiendo unos puntos.

Una enfermera que no me había visto nunca y que debía haber entrado de turno poco antes, me contempló como si yo fuese una aparecida.

Pero al ver la puerta de la cual salía, dejó de mirarme.

Yo me dirigí a la calle.

Encendí un cigarrillo al llegar al *boulevard* Sebastopol.

Mis manos aún temblaban levemente.

Era ahora, después de haber terminado todo, cuando me acometía aquel súbito miedo.

Necesitaba un trago.

Quizá aún llevaba la espalda manchada de agua, pero decidí olvidarlo. Me metí en un bar en forma de rotonda que estaba abierto casi toda la noche. Había en la barra unos cuantos taxistas y un par de damiselas de la noche que buscaban clientes.

Tomándome por una de ellas, la que estaba más cerca me hizo un guiño como diciendo: «Aquí no hay trabajo, muchacha».

Pedí un *coñac* doble y lo bebí en tres tragos.

Casi enseguida me sentí mejor.

Lo único que tenía que hacer ahora era volver a mi hotel. Claro que la policía me interrogaría antes de que atravesara la puerta. ¡Seguro que estaban esperando ante la entrada del Bon Midi! Pero yo diría que había estado paseando. Eso no era ningún delito.

Fui a salir.

Y, al ir a volverme, aquella mano se posó espalda.

Contuve la respiración, pensando que era Javert.

Si me pescaban tan cerca del dominio de Joseph, la cosa no iba a ser buena para mí.

Pero no, no era Javert.

Se trataba de Giles.

Mientras me hacía daño en el hombro con sus dedos de *judoka*; masculló en voz muy baja:

—Vamos... Sal conmigo, zorra. Sal conmigo si no quieres que te parta el cuello aquí, delante de todos.

* * *

No me quedaba más remedio que obedecer. En cierto modo hubiera sido peor haberse encontrado con el inspector Javert.

Salimos.

La que me había hecho antes una seña me miró con una expresión reconcentrada. Parecía acusarme por llevarme la clientela.

Vi que Giles volvía a disponer de su Porsche. Lo tenía estacionado a la puerta del café. Yo hice un gesto de desprecio.

—No eres muy listo, Giles.

—¿Por qué?

—Ese coche es de los que llaman la atención. La policía sabrá enseguida dónde estás.

—No me importa la policía. Yo no he hecho nada malo..., a diferencia de otras personas.

Me estremecí levemente.

¿Hasta qué punto Giles sospechaba de...?

—Entra —ordenó él.

Y me dio un buen golpe en el final de la espalda mientras yo subía.

Todo aquello tenía el aspecto de una aventura romántica, una sórdida aventura de *boulevard* de esas que sólo se desarrollan por la noche. Sin duda Giles tenía interés en que eso pareciera así. Desde las cristaleras del café, un par de taxistas le miraron con envidia.

Pero cuando arrancamos, la decoración cambió.

Giles me dijo con voz ronca:

—Esta vez no vas a escaparte con tanta facilidad, maldita.

—¿Adónde me llevas?

—Ya lo verás.

Condujo a mucha velocidad. A tanta velocidad que yo no tenía posibilidad ni de lanzarme del coche, después de abrir la portezuela, porque me hubiera matado.

Al cabo de un buen rato nos encontramos en el bosque de Vincennes.

El bosque de Vincennes es un lugar tranquilo, aunque no tanto como en sus buenos tiempos, cuando la aristocracia del pasado siglo lo utilizaba para sus paseos, sus citas secretas y sus intrigas de alcoba. El sitio en que se detuvo Giles estaba negro como el interior de una caja de caudales cerrada. Apagó las luces de situación del Porsche, para que nadie pudiera encontrarnos.

Yo no me moví.

En el silencio del automóvil oía solamente el ritmo de su respiración ansiosa, caliente.

Por fin me sujetó por el hombro izquierdo. Me hizo daño otra vez. Yo lancé un gemido.

—¡Suéltame, idiota!

—No te soltaré hasta que hablemos. Y tú y yo tenemos mucho que hablar.

—Está bien; empieza.

Él, de repente, pareció muy cansado. Y suspiró lentamente:

—Tú me conoces hace tiempo, Celine.

—Sí.

—Y sabes que soy un buen amigo de mis amigos.

—Sí.

—Apreciaba a Pierre. Apreciaba a Marianne, que hubiera terminado casándose con él. Apreciaba a René y a Joseph.

—¿Por qué dices «apreciaba»?

—No nos engañemos ahora, Celine. No nos dediquemos a juegos estúpidos. Todos sabemos que nuestro grupo está deshecho. Sólo quedamos Michel y yo., aparte de tú, naturalmente.

—No tienes ningún motivo para decir eso.

El rió. Su risa fue insolente y agresiva.

—Muy bien... ¿Qué tal de salud está Joseph?

—Pues..., pues...

—Voy a contarte una historia, Celine. La historia del hombre

que era buen amigo de sus amigos.

Me mordí el labio inferior.

—No sé adónde demonios quieres ir a parar.

—Déjame que siga... Imagina que el hombre buen amigo de sus amigos sospechaba que alguien estaba acabando con sus mejores camaradas. Y que no quiso hablar con la policía, pero se propuso investigar las cosas por su cuenta.

—Lo imagino perfectamente. Sigue.

—Ese hombre conoció la desaparición de Pierre. Fue casi materialmente testigo de la muerte de Marianne. Se enteró de que su amigo René había muerto quemado en unas circunstancias que hacían estremecer. Todo eso le obligó a pensar y a concentrar sus sospechas en una sola persona. La verdad era que, llegar a tal conclusión, no resultaba muy difícil. La tal persona no dejaba pruebas detrás de ella, pero en cambio aparecía ligada a los crímenes de tal modo que resultaba imposible no sospechar.

Me mordí el labio inferior.

Tampoco para mí resultaba difícil imaginar por dónde iba.

Sin soltarme el hombro, continuó:

—Entonces decidió vigilar a la única muchacha que había en el grupo. A una encantadora muñeca que había en el grupo. A una encantadora muñeca que quizá tenía las uñas tan afiladas como una tigresa. Se dio cuenta de que el grupo, que inicialmente fue de seis personas, había quedado reducido a tres: Michel, tú y el hombre buen amigo de sus amigos, es decir, yo. Quedaba también Joseph, naturalmente, aunque ahora ya no exista. Y me di cuenta de que o Michel o Joseph o yo caeríamos. De manera que yo me protegí a mí mismo y al propio tiempo me dediqué a vigilar a los otros dos.

—¿De qué modo?

—Te indicaré la forma en que vigilé a Joseph, que es lo único que nos importa ahora. Verás... Lo primero que hice fue ver si podía alquilar un apartamento enfrente del suyo. No lo conseguí, pero a cambio había una pensión desde cuyas ventanas se veían las de Joseph.

Me estremecí levemente.

Aquello estaba llegando más lejos de lo que yo misma había imaginado al principio.

—Quería intervenir en cuanto tú aparecieses —dijo Giles—, pero

por desgracia no llegué a tiempo. Vigilaba con mis prismáticos las ventanas del apartamento de Joseph y de repente te vi a ti allí, ¿por dónde infiernos entraste?

No le contesté.

—Es asunto mío —dije solamente.

—Está bien; en el fondo eso importa poco ahora. El caso es que ya te vi dentro. Luego, alguien llamó por teléfono a Joseph; casi enseguida le vi desvestirse en el cuarto de baño; iba a llamarle por teléfono para advertirle del peligro cuando te vi entrar en el baño. En aquel instante me di cuenta de que ya era demasiado tarde, de que resultaría inútil cuanto hiciese. Muy pocos minutos después salías con el cuerpo desnudo de Joseph, llevándolo sobre tus hombros. Confieso que estaba aterrorizado y que no podía creerlo. ¿Dónde lo liquidaste? ¿Cazándolo en un descuido y ahogándolo en su propia bañera?

Comprendí que era inútil disimular.

Giles había visto demasiadas cosas, tantas que era como si le hubiesen pasado por delante de sus ojos una película de mi crimen.

—Ya que tienes tanta imaginación, imagina eso también —susurré.

Volvió a apretarme el hombro. Me hizo tanto daño que temí fuera a romperme la clavícula. No en vano era un auténtico *judoka*.

—¿Por qué? —susurró—. ¿Por qué todo eso, Celine?

—Denúnciame a la policía y quizá ella te lo dirá —mascullé.

—Sabes de sobra que no puedo ir a la policía, como no puede hacerlo Michel. Ni tú, claro. Cometimos juntos un crimen. Ése es un eslabón negro que nos une y que nos condenaría apenas nos presentáramos ante un agente de la *Sûreté*. Si yo te denunciara, hablarías, y las pruebas son tan concluyentes que no podemos arriesgarnos a eso. Ni Michel ni yo, ni nadie. Por eso es un asunto que tenemos que resolver nosotros, ¿entiendes? Y por eso yo sustituyo a la policía. ¡Vas a decirme el porqué, maldita! ¡Vas a decirme el porqué!

Me zarandeó, ahora sujetándome por los dos hombros. La presión de sus manos era angustiosa. Temí que de verdad me rompiera las dos clavículas, que en cuestión de segundos me redujera a una invalidez que quizá duraría meses.

Farfullé:

—Suéltame.

—¡Habla!

—Giles, yo.

—¡Habla o te mato!

Era muy capaz de cumplir su amenaza.

Me estremecí.

—Giles, has ganado —farfullé—. Confieso que hasta ahora... he confiado en que nadie llegaría a saber todo esto.

Me soltó poco a poco.

En sus ojos brillaba la ansiedad.

—¿Vas a hablar de una vez? —susurró.

—No voy a darte demasiados detalles sobre lo pasado, porque eso no nos interesa ya —dije—, sabes bastante. En cambio te hablaré de mi último proyecto. En realidad creo que... Esto puede ser una suerte para mí. Ya no podía llevar sola el peso de todo esto. Necesitaba a alguien.

—¡Explícate de una maldita vez! ¿Qué quieres decir?

—Has hablado antes de que quedábamos Michel, tú y yo. Imagina que tú y yo nos unimos. ¿Quién queda?...

Él palideció mortalmente.

—Sólo queda Michel, pero..., ¿pero qué pasa?

—Voy a decirte algo, Giles. Puedes aceptar o no. Sé que quizá el plan te repugne, pero piensa que a Joseph, René, Marianne y Pierre nadie les devolverá la vida. Hemos de pensar sólo en el porvenir.

—No sé adónde quieres ir a parar. Sigue.

Seguí.

¡Claro que lo hice!

Y allí, en el interior del coche, le expliqué mi plan. Allí destilé toda la negrura de mi alma.

Porque era ni más ni menos que mi plan para terminar con el último que quedaba. Mi plan para exterminar a Michel.

CAPÍTULO XI

—Tú sabes —le dije a Giles cuando él hubo recobrado la serenidad — que estamos unidos por un negocio que puede significar docenas de millones de francos. Es esencial que te hable de esto porque significa la base de todo. Sin ese interés en hacerme multimillonaria, ninguno de mis crímenes tendría sentido. Por eso quiero aclarar ante todo cuáles han sido mis motivos. ¿Alguna pregunta a hacer?

Giles estaba petrificado.

Su rostro pasaba del interés a la indignación y de la indignación al asombro.

Pero al fin susurró:

—Sigue.

—El grupo que formábamos tú, yo, Pierre, Michel, René y Joseph era un verdadero grupo de científicos. Pese a nuestra juventud y trabajando en equipo llegamos a descubrir el principio de una nueva arma antimateria que podía revolucionar la técnica moderna y significar una fortuna para todos. La única que no intervino para nada fue Marianne, pero su eliminación era necesaria porque hubiera hablado tras la desaparición de Pierre.

Giles asintió, sin interrumpirme.

—Teniendo esta fortuna en nuestras manos —proseguí—, cabían dos posibilidades: o vender ese secreto y repartirnos el dinero, que en definitiva fue lo que acordamos y juramos, o bien el irnos eliminando en silencio y en secreto hasta que sólo uno de nosotros quedara en posesión de esa fórmula y de la fortuna que significaba. Yo no sé qué pensaríais vosotros, pero el sistema que yo elegí fue el segundo.

Giles fue a llevar las manos a mi cuello.

—¡Maldita! —gritó.

Le detuve en seco.

—Giles, estoy haciendo contigo lo que no he hecho con nadie: te estoy convirtiendo en mi socio. Si te molesta que hable con tanta claridad, puedo marcharme ahora mismo.

Giles entró en razón. Era lógico, porque la ambición de cualquiera se hubiera despertado ante lo que yo ofrecía.

—Piensa —dije— que si esto te lo hubiera ofrecido al principio, cuando aún tenían que morir todos, tú no lo hubieras aceptado, porque la empresa te hubiera parecido irrealizable. Pero piensa en lo que te ofrezco ahora: sólo queda Michel, que es el depositario del secreto. Nada tan fácil como acabar con él y quedárnoslo todo. Ahora dime si el trato te conviene o no.

Giles guardó silencio.

Durante mucho rato, en la oscuridad del coche, estuvo meditando. Cualquiera hubiese podido darse cuenta que una montaña de cosas, de sentimientos y de ideas chocaban en él. Yo le ofrecía la oportunidad de convertirse en multimillonario a cambio de un solo crimen. Claro que Michel era nuestro mejor amigo, el alma de todos nosotros. ¿Pero qué importa eso cuando se barajan cifras de millones de francos? Una vida humana no significa nada, sobre todo cuando está al final de una larga carrera de crímenes. Ésos fueron los pensamientos que terminaron imponiéndose en el cerebro de Giles.

—Bien —dijo—, acepto el trato. Con una condición.

—¿Cuál?

—No hace falta decirlo: si tratas de engañarme, serás tú la muerta, Celine. Eres el bicho más repugnante que he tratado, y dudo que haya en ti un átomo de conciencia, pero me conviene tu trato. Algo más: si la policía nos hecha el guante, tú cargarás con los crímenes que realmente has cometido. Yo no sé nada de eso. Si tratas de envolverme en ellos, te juro que te mataré.

Sonreí con mi característica inocencia.

—Esto está muy claro, Giles. Lo pasado es cosa mía. Ahora sólo se trata de asegurarnos el porvenir.

Él farfulló:

—Me temo que todo lo que me has ofrecido sea producto del miedo. Te has encontrado indefensa ante mí y has buscado esa

salida como hubieras buscado cualquier otra. Quizá dentro de cinco minutos, cuando ya no corras peligro de muerte, pensarás en otra cosa.

Sonreí de nuevo.

—¿Quién está aquí en peligro de muerte, querido Giles?

Y le clavé en el estómago el cañón de la pequeña pistola que había deslizado desde mi manga hasta la mano derecha. Él se quedó convertido en una estatua, como los antiguos encantados de los cuentos infantiles. Nunca he visto tanta expresión de asombro en el rostro de un hombre. Unas gotitas de sudor frío resbalaron hasta su boca.

—Eres tú el único que ha estado en peligro de muerte desde el principio, Giles —susurré—. Si me has tomado por tonta, eso te demuestra que no. Y esto te demuestra también que mis palabras no las ha dictado el miedo, sino el hecho de que realmente ya necesito un ayudante a estas alturas. ¿Convencido?

Comprendí que sí.

Si alguna duda tenía Giles, después de aquello se le disipó completamente.

Dijo con un soplo de voz:

—¿Qué hemos de hacer para matar a Michel?

CAPÍTULO XII

Naturalmente, todo requiere su tiempo.

Si Giles era el más peligroso del grupo por su astucia y por su fuerza, Michel era el más invencible por su inteligencia. Parecía adivinar los pensamientos de todos, y después de la muerte de los otros, no cometería ningún fallo. Resultaba, pues, imposible que yo sola pudiera intentar nada contra él.

Eso lo comprendía muy bien Giles.

Hablamos de ello varias veces en un bar donde solíamos reunirnos, en la *rue Blanche*.

Si nos reuníamos en un local tan llamativo y espectacular era precisamente para que la policía nos viese.

Después de la desaparición de Joseph, el inspector no había vuelto a interrogarme. Evidentemente cambiaba de tácticas. En lugar de perseguirme por los crímenes que ya había cometido, trataría de cazarme en el próximo crimen que yo iba a cometer. Y por eso yo le paseaba por las narices a Giles.

Él pensaría que lo estaba tanteando.

Tendría cien motivos para pensar que Giles iba a ser mi próxima víctima, cuando en realidad estaba decidiendo que ésta fuese Michel.

De ese modo yo cuidaba todos los cabos de mi plan.

Volvía loco a Javert.

Y ultimaba con Giles los detalles de la que ya habíamos dado en llamar operación «Michel».

Se trataba de buscar un sitio lo bastante tranquilo para acabar con él.

Michel dividía su vida en tres ambientes: el depósito de cadáveres, donde realizaba su labor profesional; su piso de soltero en la Porte Saint Martin, donde estudiaba y dormía; y los fines de

semana en su pequeña casa situada entre París y Orléans, a la derecha de la carretera nacional número 20.

En apariencia, ése era el mejor sitio para acabar con él.

Pero no podíamos dejar nada al azar.

—La policía cree que voy a matarte a ti —dije a Giles—. Por eso dejarán de vigilar a Michel y concentrarán su atención en nosotros dos. Pasado mañana, domingo, por la mañana, Michel estará en su finca, tan sólo como siempre. A mí me vigilarán estrechamente, pero ya me las arreglaré para despistarlos. Serán, aproximadamente, las doce del mediodía. Entonces todos los sabuesos concentrarán su vigilancia para protegerte a ti, pero tú debes haber desaparecido también. Eso les producirá una desorientación que durará al menos una hora. Convencidos de que ya eres un cadáver, se dedicarán a buscar tus restos hasta que se den cuenta de su error. Para entonces ya estaremos junto a Michel. Dispondremos de más de una hora para acabar con él.

—Sí, pero ¿cómo?

—Es preciso simular un accidente, ya que de otro modo yo no iba a librarme esta vez. Quien dice accidente dice suicidio, claro. ¿Tú recuerdas el arco voltaico que tiene en casa para realizar determinados experimentos? Bastará provocar un contacto para que se electrocute al manejarlo. Yo sé hacer bien esas cosas.

Giles se mostró de acuerdo.

En realidad aquel hombre era muy fácil de convencer en los aspectos digamos «técnicos» del crimen.

Reconociendo mi experiencia, se dejaba llevar por mí.

De modo que lo ultimamos todo el sábado por la noche.

A la mañana siguiente, domingo, iba a dar el gran golpe.

El golpe más decisivo y más importante de mi vida.

El último.

* * *

Amaneció un día lluvioso, de esos que no invitan a ir a ninguna parte.

Yo había pensado desorientar a la policía en el campo de fútbol del Racing de París, pero a última hora calculé que habría poca gente a causa de la lluvia y que eso haría difícil confundir a los

agentes. Por ello me decidí por otra alternativa que tenía en reserva: meterme en un cine que iniciaba sus sesiones a las once de la mañana. Yo lo tenía bien estudiado. El servicio de señoras daba a un patio y a una pequeña puerta trasera que me serviría para huir.

Quizá la policía conocía aquella circunstancia.

O quizá no.

Yo la sabía por una de las taquilleras, antigua amiga de mi infancia.

De un modo u otro, jugué a aquella carta. A las once me metí en el cine y a las once y dos minutos entraron detrás mío dos perros policías a los que sólo les faltaba el bozal. Me vieron inmediatamente a pesar de que la sala ya estaba a oscuras, y se sentaron uno delante y otro detrás mío.

Me estuve muy modosita hasta las doce y cinco.

A esa hora me fui a la *toilette*.

Los policías no se atrevieron a seguirme, pero seguro que no respiraron mientras vigilaban la puerta. Yo abrí una pequeña ventana, salté,forcé la puerta posterior y me vi en la calle. Todo eso en tres minutos.

Un taxi me condujo hasta la Puerta de Orleans.

Desde allí hasta la carretera nacional número 20 hay muy poca distancia. Tomé otro taxi y le pedí que me condujera por dicha carretera a la finca de Michel.

Hasta ahora todo marchaba a pedir de boca.

Había respetado el horario previsto, y nadie vigilaba a Michel, seguramente. En cuanto a Giles, confiaba en que habría sabido librarse de la policía.

Pero las cosas empezaron a no coincidir cuando el taxi me dejó a media milla de la finca de Michel. Yo pensaba hacer a pie el resto. Y allí, justamente donde me dejó el taxi, tenía que haberme encontrado con Giles.

Pero éste no estaba allí.

Había algo que fallaba.

De todos modos no estaba dispuesta a perder tiempo, y por eso me dirigí a pie a la finca. Ésta era sencilla: tendría cuatro habitaciones y un jardín, pero los sótanos eran amplios. Los sótanos eran el sitio al que quería llegar yo. Michel tenía allí una gran instalación eléctrica y un arco voltaico con el que realizaba

experimentos.

Todo aquel lugar estaba lleno de vegetación, y además había un bosque muy cerca. Eso me permitió llegar hasta la casa con la seguridad de no haber sido vista.

Conocía muy bien todo el edificio.

Por eso no tuve más que deslizarme al interior el garaje, que estaba abierto, y hacer girar la llave de una puerta lateral. Aquello llevaba directamente a los sótanos. Michel no había tomado ninguna precaución, como si no intuyera de ningún modo el peligro que corría.

Llegué así al lugar donde él realizaba sus experimentos, siempre con materiales humanos, es decir, pedazos de cadáveres. Estudiaba el comportamiento de la materia orgánica ante la electricidad y otras fuentes de energía. Pero eran los ensayos con electricidad los que le ocupaban más tiempo^[3].

Lo abarqué todo con una mirada.

Estaba sola.

Y lo primero que hice fue preparar concienzudamente la trampa.

Desconecté el potente tendido que llevaba la electricidad al arco voltaico, y luego preparé una conexión disimuladamente para que la corriente se expandiera a través de la plancha metálica que cubría la mesa de trabajo de Michel. Bastaría con que él apoyara las manos allí para quedar electrocutado. Luego sería muy difícil que la policía achacara aquello a otra cosa que un accidente. En toda instalación eléctrica complicada, siempre es posible que un cable se suelte...

Hecho esto, volví a conectar la red y salí del sótano empleando el mismo camino que al entrar.

A continuación di la vuelta a la casa y llamé a la puerta.

Michel me abrió.

Quedó muy sorprendido al verme.

—Pero Celine..., ¿tú por aquí?

—He venido a verte. Me aburría en París y he pensado que podría pasar el día contigo.

—¿Y tu coche?

—He venido en taxi.

—Caramba qué sorpresa... No sabes lo que me alegra verte, Celine. Vamos, pasa, pasa... Te prepararé algo para beber.

—¿No estabas trabajando?

—Sí. Ahora mismo iba al sótano.

—Pues no te preocupes por mí. Haz lo mismo pensabas hacer... Como si yo no estuviera.

Michel me preparó un vaso de *whisky* con hielo, a mi gusto, y luego él se sirvió otro.

—¿Te ha vuelto a molestar la policía? —preguntó.

—No, Michel. Últimamente me han dejado en paz.

—Claro... Esto es absurdo. Sospechar de una buena chica como tú...

Bebí lentamente, paladeando.

—Sí, Michel. Una buena chica como yo.

—Te he dicho que iba a trabajar un poco... —susurró él—.

¿Quieres acompañarme o prefieres escuchar un poco de música?

—Te acompañaré. Siempre aprendo cosas cuando estoy a tu lado, Michel.

Él rió.

—No me vengas con tus zalamerías, muñeca. Los dos estamos seguros de que en cuestiones de Física entiendes tú mucho más que yo.

Bajamos al sótano. Sólo al entrar allí, mis ojos ya se clavaron en la plancha metálica sobre la que bastaba poner los dedos para quedar electrocutado.

Mi expresión debía ser algo extraña, porque Michel susurró:

—¿Qué te pasa?

—Nada. Miraba solamente lo bien instalado que lo tienes todo.

—No sé de qué te admiras. Conocías esto tan bien como yo.

Aquí hemos trabajado juntos muchas veces.

Se acercó a la plancha metálica.

Yo contuve la respiración.

¡Y Giles sin aparecer!

Los dedos de Michel casi tamborilearon en la mesa, pero no llegó a tocarla.

Jamás el tiempo se me había hecho tan largo, tan lento, tan insoportable.

Él se volvió hacia mí.

—Tienes una cara muy rara...

—Bueno, es que...

—¿No te encuentras bien?

—No me hagas caso.

Michel me sonrió.

Y se acercó a la mesa.

Sus dedos casi tabalearon sobre ella.

¡Iba a tocarla!

No sé lo que sentí. De pronto grité:

—¡Michel...!

El giró sobre sus tacones.

Y fue entonces cuando oímos aquella voz. Fue entonces cuando llegó a nosotros la voz que se dirigía a los dos.

—No sólo te acercarás tú a la plancha, Michel... También ella. Los dos vais a terminar hoy vuestras preocupaciones, muertos en un lamentable accidente. Vamos..., ¿a qué esperáis, amiguitos? ¿Por qué no ponéis delicadamente vuestras manos en el metal?

Me estremecí, al igual que Michel.

Porque los dos habíamos reconocido perfectamente aquella voz.

¡La voz de Giles!

CAPÍTULO XIII

El apareció un momento después.

Su escondite era sencillo: detrás de los armarios de contenían probetas y tubos de ensayo había espacio más que suficiente para que se ocultara un hombre. Giles había estado todo el tiempo allí, tras entrar en la casa por el mismo sitio que yo, puesto que la conocía perfectamente. Me había visto preparar la trampa, asegurándose de que era eficaz. Había estado acechando hasta aquel momento.

En su derecha empuñaba un revólver. Yo no soy experta en armas, pero conocía aquella clase de petardos y sabía lo mortíferos que resultaban a corta distancia. De modo que me estuve quieta. Tan quieta como Michel.

Los dos clavábamos nuestros ojos en Giles. No había ni asombro ni miedo en nuestros rostros. Él avanzó poco a poco, hasta situarse a unos tres pasos.

—¿Pero qué significa esto, Giles? —barboté—. ¿Te has vuelto loco? ¿Qué quieres hacer?

—Sólo pretendo una cosa muy sencilla: que los dos pongáis las manos en esa mesa.

Michel murmuró:

—Bueno, si sólo es eso...

Y fue a obedecer. Pero yo le aparté de un golpe.

—¡No lo hagas!

Michel me miró con asombro.

—¿Qué pasa?

—¡La mesa está unida a la red de alta tensión! ¡Si pones tus manos ahí recibirás una descarga de veinte mil voltios!

—Sí, esta muñequita te había preparado la trampa... —dijo

Giles—. Como se la preparó a los otros. A cada uno una trampa distinta, claro... Tú estabas destinado a tener una muerte limpia. La muerte de los que se sientan en la silla eléctrica... Pero esta Celine va a caer en la misma tumba que preparó para ti. Los dos pondréis las manos en la plancha metálica. Vamos, ¿a qué esperáis? —Sus facciones sudaban, sus ojos brillaban como los de un loco—. ¿O preferís que os envíe al infierno a tiros?

—¿Pero todo esto... —susurró Michel—... todo esto por qué?

—Muy sencillo: tú eres depositario de esa fórmula que vale docenas de millones. Todos te otorgamos esa confianza a ti a causa de tu honradez. Pero ahora seré yo quien se apodere de ella. Seré yo quien la venda... ¡Seré yo el único beneficiario de vuestro trabajo!

Michel balbució:

—Giles, tú te has...

—¿Vas a decir que me he vuelto loco? ¿Es eso lo que tratas de insinuar? No, amiguito, los locos sois vosotros. Lo estabais ya cuando decidisteis, con mi opinión en contra, entregar por nada al Gobierno francés una fórmula que cualquier otro país nos hubiera comprado con carros de oro. De los dos desconocidos encargados de entrevistarse con el agente gubernamental al que al final quitaron de en medio, uno era André Payot, el enterrado en Cherburgo. El otro..., ¡el otro era yo!

Apreté los labios salvajemente, sin darme cuenta me hice sangre en ellos.

Mis facciones se crisparon, cambiaron, se hicieron distintas.

Con voz reconcentrada murmuré:

—Eso quería que dijeras, Giles. Eso quería, que reconocieras ante la cinta magnetofónica que está corriendo a tu espalda.

Giles alzó el revólver.

Sus facciones estaban congestionadas. Parecían ir a estallar.

—¡De nada te servirá mi confesión, maldita! —aulló—. ¡Te mataré antes! ¡Os mataré a los dos!

Y sin querer pensar ya en la superficie electrificada, fue a apretar el gatillo.

—¿No sería mejor que tú les enseñaras el camino, Giles? —preguntó de repente una voz suave a su espalda.

Giles no pudo ni volverse.

Porque mientras una mano le quitaba su revólver, un cañón se lo

clavaba en la nuca.

Giró un poco la cabeza.

Y vio al que le amenazaba.

Lanzó un grito gutural, un grito de asombro indecible, uno de esos gritos inhumanos que son el preludio de la muerte.

Porque el hombre que estaba a su espalda, amenazándole con una automática era... ¡era Pierre! ¡Y detrás acababa de entrar René!

¡Y Joseph!

¡Y... y Marianne!

CAPÍTULO XIV

Yo nunca había visto a un hombre así.

Creo que nunca más volveré a verlo.

Giles estaba petrificado, abrumado, hundido, sin fuerzas para mover un músculo.

Me separé de la mesa y dije con voz sibilante.

—Sé que todo esto te asombra, maldito, y que te parece increíble, pero en el fondo es sencillo. Te explicaré primero los motivos; luego te explicaré los métodos.

Ante su asombro, continué:

—Motivos: sólo Michel sabía que yo era la novia de Georges Bossuet, que lo amaba con toda mi alma y que haría cualquier cosa por vengarle. Él era el más honrado del grupo y tú le diste una horrible muerte en combinación con André Payot. De las investigaciones que hicimos llegamos a la conclusión de que, detenido en Cherburgo, era culpable, y por eso yo preparé mi venganza, ayudándole a huir y dándole una muerte que en nada tenía que envidiar a la de Georges. El engaño todos lo conocéis. Pero también me sirvió para empezar a adivinar quién era el otro culpable que tenía que estar forzosamente dentro del grupo.

Giles no contestó.

Aún no había reaccionado, y diríase que ni siquiera respiraba.

Yo continué implacable:

—La primera pista que me llevó hacia ti, Giles, fue la circunstancia de que nunca quisiste que André Payot te viera. Más o menos, los restantes miembros del grupo se mostraron ante él mientras lo preparábamos todo, pero a ti no te vio ni las puntas de los dedos. Era lógico, puesto que quizá te hubiera delatado o vendido por dinero. Eso fue lo que me hizo concentrar las sospechas

en ti e idear el resto del plan.

Guardé un momento de silencio.

Y ahora continuó Michel:

—Tenía para ello mi ayuda —dijo con énfasis—. En efecto, por mi cargo yo podía disponer de un sinfín de cuerpos muertos que me era fácil trasladar de un sitio a otro en la furgoneta negra de la morgue, y que podía vestir del modo que Celine me indicara. Te habrás dado cuenta de que todos los «crímenes» se desarrollaron en lugares tranquilos y bastante solitarios. Cuando Celine sujetó a Pierre a aquella mesa en Suresnes, ella salió a dar un paseo de media hora. Tiempo suficiente para que yo llegase con la furgoneta y el muerto, lo colocara en el mismo sitio, después de liberar a Pierre, y lo dejara así para que Celine lo apuñalara. El cuerpo nos lo llevamos por la noche, y puedo asegurarte que un cadáver que va a la disección no llama la atención si tiene dos o tres cuchilladas. En cuanto a Marianne, llegaste tan a tiempo que por poco te das cuenta del truco. Ella tenía ya el cuerpo de una muerta en su departamento cuando llegó Celine. Todo fue retirarse de la ventana, doblar el cuerpo sobre el alféizar y permitir que Celine lo enviara abajo tirando de la alfombra. La muerta cayó casi junto a la furgoneta negra, donde ya la estábamos esperando. Sacarla por el otro lado del callejón y devolverla al depósito fue lo más fácil del mundo. En cuanto al «asesinato» de René fue el quizá más complicado externamente, pero nada difícil para un hombre joven y un excelente automovilista como él. En primer lugar te diré que salió a hacer aquel viaje solo, pero se encontró con la furgoneta en un lugar convenido, donde le dimos un cadáver vestido como él y de su peso, edad y medidas. Desde allí regresó, siguiendo un horario previamente acordado con Celine, y él mismo provocó el incendio en el momento preciso. Para entonces ya había puesto el muerto ante el volante, situándose él detrás. Como el tramo era recto no hacía falta modificar la dirección, y en cuanto al gas, la pierna rígida del cadáver lo mantenía perfectamente. Al producirse el incendio, René lanzó más líquido inflamable y saltó por la puerta posterior al campo de trigo que llevaba a aquel bosquecillo. A la policía no le llamó la atención el hecho de que una puerta posterior estuviera abierta, cosa inexplicable, y que el incendio se hubiera producido cerca del campo de mieses. Naturalmente, puesto que el

resultado de la autopsia lo di yo mismo, todo coincidió para hacer creer que René estaba muerto, a diferencia de los otros que habían desaparecido misteriosamente. Lo de Joseph fue más sencillo puesto que él no hizo sino meter en la bañera el cuerpo que ya tenía preparado. Celine lo sacó a hombros mientras tú la vigilabas con prismáticos, de modo que estuvieses seguro de que cometía el crimen. El consultorio médico de la planta inferior era un sitio donde había trabajado Joseph y donde el director estaba de acuerdo. La furgoneta negra, que había traído al muerto una hora antes como si fuese un accidentado, se lo llevó muy poco después como si lo trasladara a la morgue, cosa que efectivamente hizo. Ésos fueron los métodos usados por Celine. Con ellos se quería conseguir un resultado.

—¿Hacerme confesar? —barbotó Giles.

—En efecto —continué ahora yo—. Para eso tenía que convencerte de la realidad de los crímenes y estar seguro de que yo eliminaba al grupo para quedarme con la fórmula. Si te ofrecía la oportunidad de entrar en el juego cuando éste ya no ofreciera riegos, estaba segura de que picarías el anzuelo. Era como ofrecerte la fortuna en bandeja, y un cobarde como tú no rechaza eso. Tratarías de eliminarnos a los dos y todo resuelto, ¿verdad? Pero no contabas con que todo el grupo había estado de acuerdo y con que los desaparecidos se ocultaban precisamente en esta casa. Ahora vamos a ajustar cuentas, Giles. Serás entregado a la policía con tu confesión. Todo se paga, maldito.

Él se estremeció.

Sus facciones rojas se habían vuelto lívidas.

A pesar de que Pierre le amenazaba con su pistola, decidió jugarse su última carta. Sabía que de allí tenía que ir directamente a la guillotina, y por eso no vaciló.

Saltó rabiosamente de costado mientras Pierre disparaba.

Pero Pierre no era un experto tirador. No tenía porque serlo.

La bala sólo rozó la cabeza de Giles.

Se dejó caer al suelo y recobró el revólver que acababan de quitarle. El muy condenado tenía más agilidad de lo que todos creíamos. Lo levantó para apuntarme a mí.

Bruscamente me sentí perdida.

Me di cuenta de que no iba a poder huir. Él dispararía antes de

que el inexperto Pierre lograra clavarle una bala en la nuca.

Giles cerró rabiosamente el dedo sobre el gatillo.

Sonó una detonación. Yo me estremecí creyendo sentir el impacto de la bala.

Pero, ante el asombro de todos, fue Giles el que cayó con la cabeza atravesada. Cayó hacia la izquierda, o sea, que la bala le había venido de la derecha. Todos miramos asombrados hacia allí. Y en el umbral vimos recortarse la figura alta y joven, pero enigmática del inspector Javert.

Éste sopló un momento en el cañón de su revólver reglamentario antes de guardarlo.

—Los policías somos tontos a veces, pero no siempre —dijo por todo comentario—. Tú creías que te vigilaba a ti sola, Celine, pero en realidad estaba vigilando a todo el grupo. Eso me hizo averiguar unas cuantas cosas extrañas que han terminado por traerme aquí.

Hizo una seña al gendarme que venía tras él.

—Tú asegura la cinta magnetofónica.

Yo sabía que allí estaba grabada, no sólo la confesión de Giles, sino también la mía. Entre todo el grupo habíamos matado a André Payot. ¿Qué significaría eso ante la ley? ¿Un asesinato?

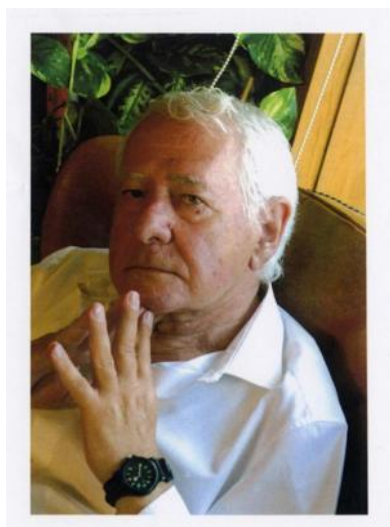
Javert pareció adivinar mis pensamientos al decir.

—Hay cosas que la ley entiende mejor que otras, muchacha. Por ejemplo, entenderá muy bien la obcecación que te causó la horrible muerte del hombre a quien amabas. Y entenderá mejor aún el servicio inmenso que habéis prestado al país. Siento haber sido duro contigo, Celine. Pero eso me ha servido para comprender que no eres una mujer de las que uno se encuentran cada día.

Y me miró de una forma extraña.

Yo aprendí entonces —aunque no lo dije a nadie todavía— que la vida siempre puede volver a empezar...

FIN



Francisco González Ledesma (Barcelona, 17 de marzo de 1927, 2 de marzo de 2015) fue un periodista, guionista de historietas y novelista español. Especializado en los últimos años en el género policíaco, fue considerado como uno de los principales impulsores de la novela negra de corte social en España, junto a Manuel Vázquez Montalbán. Bajo el seudónimo de Silver Kane publicó más de 1000 novelas, la mayoría novelas del oeste, aunque también escribió bajo los seudónimos de Taylor Nummy y Silvia Valdemar, así como novelas románticas como Rosa Alcázar y Fernando Robles, siendo su último seudónimo utilizado en

2007-08

el de Enrique Moriel para dos de sus últimas novelas.

El primer reconocimiento le llega en 1948 cuando gana, con Somerset Maugham y Walter Starkie en el jurado, el Premio Internacional de Novela gracias a *Sombras viejas*. Pero la obra premiada es censurada por el régimen franquista y se frustra el prometedor futuro del autor.

Coartado por la dictadura, González Ledesma empieza a escribir, bajo el seudónimo de Silver Kane, novelas populares para Editorial Bruguera. Desencantado de la abogacía, estudia periodismo e inicia una nueva etapa profesional en *El Correo Catalán* y, más tarde, en *La Vanguardia*, alcanzando en ambos periódicos la categoría de

redactor jefe.

En 1966 fue uno de los doce fundadores del Grupo Democrático de Periodistas, asociación clandestina durante la dictadura en defensa de la libertad de prensa.

En 1977, con la consolidación de la democracia en España, publica *Los Napoleones* y en 1983 *El expediente Barcelona*, novela con la que queda finalista del Premio Blasco Ibáñez y en la que aparece por vez primera su personaje emblema, el inspector Méndez. En 1984 obtiene el Premio Planeta con *Crónica sentimental en rojo* y la consagración definitiva.

Como abogado ha recibido el premio Roda Ventura y como periodista el premio El Ciervo. En 2010 se le otorgó la Creu de Sant Jordi por su trayectoria informativa y por la calidad de su obra, de proyección internacional.

Notas

[1] Estos datos fueron recogidos por la prensa alemana. La extraña muerte de los generales es absolutamente verídica. < <

[2] El *Deuxième Bureau* francés se encargaba de los asuntos de espionaje y contraespionaje. < <

[3] Como los lectores saben, mediante un arco voltaico se pueden producir grandes descargas eléctricas de una esfera a otra. < <